

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIRECTOR  
ENRIQUE FRANÇOIS

ADMINISTRADOR  
ORESTES CONFALONIERI

REDACTORES

Ida S. Courtade.—María Teresa Dedomo.—Gregorio Halperin—Osmán Moyano

## Palabras preliminares

*Et quasi cursores vitae lampada tradunt.*

LUCRECIO, II, 79.

Las nuevas autoridades de nuestra asociación nos confían hoy la dirección de estas páginas, y como quiera que nos sería más grato continuar sin otras preocupaciones que nuestros estudios habituales, hemos creído un deber de camaradería aceptarla, porque sí, como muchos, deseáramos que hubiese entre nosotros mayor interés por los esfuerzos de todos en estudios tan serios como los nuestros, sería impropio que nos negásemos a sacrificar un poco de nuestro egoísmo cuando se nos llama a hacer algo que pueda ser útil a los demás.

Dicho esto, no ha menester que expongamos un programa de nuestra futura gestión que, en sus líneas generales va en ello implícito: sólo agregaremos que, confiados en la ayuda de nuestros condiscípulos, desde ahora invocada, haremos de nuestra parte cuanto sea posible para entregar a nuestros sucesores, sin mengua de su brillo, ésta que podría decirse otra *vitae lampada* de nuestras mentes.

LA DIRECCIÓN.

## Una mala palabra <sup>(1)</sup>

---

Señor director de la revista *Estudios*:

Con justificado asombro, acabo de leer en la revista que usted dirige, un artículo donde en airado tono se protesta de mi libro *Los gauchescos*, y de la doctrina estética que, en la Universidad de Buenos Aires, profeso sobre literatura argentina. El artículo en cuestión titúlase *Una afrenta y una falsedad*, frase que anticipa el tono ciertamente descortés de semejante requisitoria.

Todo se reduce a afirmar: 1º que yo proclamo un retorno a la barbarie indígena, al estudiar el folklore americano; 2º, que considero al gaucho como una raza, cuando fué solamente un tipo social; 3º, que he interpretado equivocadamente una palabra de cierto romance gauchesco.

Aun suponiendo que fuesen verdaderas esas tres aserciones, ninguna de las tres justificaría el cariz agresivo y personal de su comentario.

El comentador — de cuyo nombre no necesito acordarme, — ha dedicado cinco páginas a la primera imputación, diez a la segunda, y otras tantas a la última, con evidente abuso de tinta y acritud, hasta el extremo de decir que habla en nombre de la dignidad argentina por mí profanada, y representada naturalmente por él.

---

(1) El presente artículo ha sido publicado en el número de Mayo, último de la revista «Estudios» redactada por la Academia Literaria del Plata, y como se trata de la réplica de nuestro profesor el Sr. Ricardo Rojas a un violento ataque que le fué dirigido en dicha revista con motivo de la publicación del primer tomo de su *Historia de la Literatura Argentina*, creemos conveniente reproducirlo, pues nadie mejor que los alumnos del Sr. Rojas pueden darse cuenta de lo infundado de las críticas que él refuta.

He confrontado los temas del artículo con la intensidad del enojo que su autor revela, y los hallo tan desproporcionados entre sí, que no veo cómo el desinteresado amor de las letras, allí tan invocado, pueda producir, en un hombre normal, esos razonamientos delirantes y esos gritos desapacibles. El primer deber de un hombre culto es tener el sentido de la oportunidad y de las proporciones, sin contar con que también existe una urbanidad literaria.

Yo observaré sin esfuerzo esta sabia norma en mi réplica. Me interesa siempre el esclarecimiento de la verdad; y un ánimo sereno es ya promesa de alcanzarla. Aunque por haber escrito un libro sobre la cultura de mi país, se me llame «ignorante», «salvaje» y «hereje», no intentaré defenderme. Los hechos elocuentes me defenderán. Y en cuanto al iracundo que profiere esas voces desapacibles, cristianamente lo perdono.

Diré, ante todo, sobre la primera cuestión, que yo no proclamo ni defiendo la barbarie indígena; antes por lo contrario, preconizo en mi obra y en mi enseñanza, el deber de elevarnos hacia formas universales de belleza. Necesitaría citar, como prueba de este desmentido, todo el texto de *los gauchescos*; pero como tal cosa es imposible, básteme referirme al capítulo de las conclusiones (pág. 569), y al testimonio de cuantos me han leído con aptitud de comprender, y al juicio de otros comentaristas menos suspicaces, que han señalado en esta obra una tendencia contraria a la que el colaborador de *Estudios* arbitrariamente me atribuye. Véase, por ejemplo, los artículos publicados en el *Cuaderno* 3 del Colegio Novecentista, en el *Boletín* de la Federación Universitaria, en la revista *Ideas*, del Ateneo de estudiantes, y en los *Archivos* de la facultad de Ciencias de la Educación (Universidad de La Plata). No en vano la dedicatoria de *Los Gauchescos* está escrita en latín, como indicando desde la primera página, mi propósito de no olvidar las fuentes clásicas de la civilización.

Con respecto a la segunda cuestión, puedo también desembarazarme de ella sin dilación alguna, con sólo citar el pasaje bien explícito de la pág. 381, donde digo «*que el gaucho no es el tipo específico de una raza aborígen, sino un ario adaptado a la rudeza y libertad del desierto pampeano*»; y el trozo de la página 543, donde muestro los diversos signifi-

cados que la palabra *gaucho* tuvo en los varios períodos de nuestra historia, entre ellos el de «criollo», «jinete», «diestro», «valiente», «buen amigo». La tesis de mi comentador consiste en eso mismo; pero él lo presenta en son de réplica a otra, imaginaria, que también arbitrariamente me atribuye...

Todo ello me hace suponer que el crítico no ha leído mi libro o que lo ha leído fragmentariamente; o que si lo ha leído todo, no lo ha comprendido; pues no quiero sugerir la sospecha de que haya torcido a sabiendas la verdad. Esto último me parece tan inocuo y pueril (puesto que la verdad se descubre sola), que prefiero creerle sinceramente equivocado e ingenuamente enfurecido, por causas que luego analizaré.

Después de eliminados ambos «errores» de fondo, no queda en pie sino la tercera cuestión, único punto objetivo y concreto del vociferante alegato.

Refiérese el comentario a la palabra *hideputa*, que así conviértese por sí sola en un picante epigrama, no por voluntad mía, sino por fatalidad de mi crítico, que al preferirla para su comentario, nos da el epónimo de la cuestión.

Sorprende que en un libro de 600 páginas no haya encontrado el crítico sino ese «error». O el libro toca los límites de la perfección, o el lector carece de ciencia y de ingenio, pues le hubiera sido fácil descubrir otras fallas en mi obra, cuyas imperfecciones confieso humildemente en el prólogo. Pero ese crítico, enceguecido de soberbia, o de otra pasión, ha atropellado, no al picador, sino al trapo rojo de su engaño.

No valdría la pena de detenerme en tal minucia, escabrosa por tratarse de una mala palabra; pero voy a detenerme, porque ella nos explicará, como una clave, las otras «malas palabras» del artículo. Pues no en vano dice el proverbio, que Dios ciega a quien desea perder.

Trátase de un romance donde el poeta hace hablar a un guaso, que para elogiar a cierto personaje, dice por ahí: «HE DE PUJA, el caballero — y bien vaya toda su alma, — etc. Glorificándolo yo muy al pasar, había dicho en mi libro que en ese *he de puja*, «preséntese el *hideputa cervantesco*» (página 335); pues debo recordar que se trata de un romance anterior a la independencia, o sea, a la definitiva caracterización del tipo gauchesco. La cosa no puede ser más insignificante en la

totalidad de la obra; pero mi desesperado fiscal hace de ello el argumento aquiles de su proceso. Entonces, clavémosle el último dardo en ese talón.

Debo primeramente advertir que el Romance del caso ha llegado a nosotros en un manuscrito de la Colección Seguro (Biblioteca Nacional), y que por ser una malísima copia de segunda o tercera mano, es muy probable que dijera *hi de puja*, donde se cree leer *he de puja*, frase que no tiene sentido en castellano. Pero yo no quise hacer hincapié en esta duda. Tomé por buena la lección *he de puja*, y mi glosa redujose a la simple sugestión ya recordada; lo cual no importa asegurar que allí deba leerse el «hi de puta cervantesco». Todo esto puede comprobarlo el lector en el capítulo XIV de mi obra.

Mi tremebundo crítico al saber que *he de puja* no figura en los diccionarios ni en los autores antiguos, y entonces, buscando un efugio a su atolladero, lo substituye por *es de puja*, con el socorrido pretexto de que este romance imita la prosodia de un gaucho portugués (?), y que por eso, en otro pasaje, dice *germanas* por *hermanas*, guturalizando la *h* en lugar de aspirarla (!). Pero eso es también un doble error, de lógica y de filología, según vamos a verlo.

De lógica, porque si el título dice que un guaso celebra los triunfos de Cevallos contra los portugueses de la Banda Oriental, mal puede ser un gaucho brasileño el que habla burlándose de los suyos, sino un gaucho argentino, como lo demuestra, además, el texto de toda la composición. (Véase *Los gauchescos*, pág. 330).

Y un error de filología, porque no se ve como el *he* aspirado pueda convertirse en un tiempo del verbo *ser* (*es*); cuando se sabe, entretanto, cómo la *h* aspirada pueda trocarse en castellano por la *j* y la *g*, sonidos guturales. Precisamente en el Diccionario de la Real Academia española figura el vocablo *germana* como anticuado muy castizo de *hermana*; y esta es la palabra que invoca mi comentador para sostener que se trata de prosodia lusitana, demostrando de paso que necesitaría estudiar, no ya el portugués, sino la lengua en que aspira a expresarse.

Con la misma soltura de pluma con que afirma que el guaso del romance es un portugués, y con que sustituye el *he de puja* por un *es de puja* caprichoso, el crítico protesta indignado de que en esa expresión pueda «presentirse» el «hideputa cervantesco». Y la razón que nos da es igualmente admirable: «no podía el gaucho cantor emplear una frase de injuria, puesto que en ese momento elogiaba las hazañas de su héroe contra el portugués». Esto es, más o menos, lo que dice el flamante filólogo. Vamos a ver, en capítulo aparte, si el náufrago puede, al menos salvarse sobre esa frágil tabla.

Para evitar sospechas en contra de mi sinceridad dialéctica, voy a argumentar con ejemplos de autores españoles y con glosas de autorizados hablistas peninsulares, que copiaré literalmente.

El padre Cejador, ex jesuíta, en su obra *La lengua de Cervantes* (t. 2. *Diccionario*), dice en la voz *hideputa*: «Por lo muy usado llegó a ser pura muletilla, que a menudo se empleaba sin agravio, antes llevando consigo la expresión de extrañeza que servía para ponderar». Cervantes, en efecto, llega a emplear esta simple interjección, haciéndolo hablar a Don Quijote en presencia de la princesa Micomicona (cap. XXX), sin ofender con ello los oídos de la altísima dama.

A propósito de ese pasaje cervantino, don Francisco Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional de Madrid, dice en la nota pertinente de su edición del *Quijote*: «No recuerdo que a ninguno de los anotadores del *Quijote* haya causado extrañeza el ver a Cervantes descomedirse a decir tan feo impropio como *hideputa* delante de la princesa Micomicona. Y era para causarla en quien no supiese que este vocablo era correctísimo, aun en boca de los más bien hablados, y tal cual vez se decía aun en el púlpito» (Edición de *La Lectura*, t. III, p. 121). — ¡Pero no se sobresalte mi crítico en trance de naufragar! ¡Hay todavía aguas más hondas y más amargas!...

La susodicha nota de Rodríguez Marín, coincide con la de Cejador; pero mejor la ratifica otro pasaje, cuando Cervantes, en el capítulo XXV de la primera parte, emplea ese mismo vocablo. «Esta exclamación — dice el señor Rodríguez Marín, — muy mal sonante hoy, se prodigaba mucho antaño, y a menudo, como en el caso presente, sin pizca de ánimo de ofender

por parte de quien la profería; *antes en señal de admiración y como el más acabado elogio*. (t. II., p. 307). Estamos ya en presencia del caso en que nuestro romance gauchesco, para elogiar a Cabezón, haya podido muy castizamente decir: «*Hideputa, el caballero, — y bien vaya toda su alma — que a los portugueses jaques — ha zurrado la badana*»; y sin incurrir en injuria o contrasentido, según mi crítico lo pretende, y «*antes en señal de admiración y como el más acabado elogio*», — según las concluyentes palabras del docto cervantista español.

Por eso dije expresamente en mi libro: «el hideputa cervantesco», porque en esos textos me apoyo, y no acostumbro hablar de lo que no sé, como lo hacen algunos hablistanes menos conscientes de la lengua en que escriben.

Y puesto que aun podría resollar el crítico náufrago, diciendo que eso está bien apropósito de Cervantes, pero no de otros autores; y aunque solo del «hideputa cervantesco» se trataba, — voy a dar el golpe de gracia con otra cita, entre muchas análogas que podría recordar. Feliciano de Silva, en la *Segunda Comedia de Celestina*, lo hace decir a Barañón, aludiendo a los versos que acaba de cantar el pajecillo Canarín: «*Hi de puta, el diablo, y qué sentidos que son*». (Nota de Rodríguez Marín, *loc. cit.*). Véase, pues, el completo paralelismo de esta frase con la otra de nuestro romance: «*Hi de puta, el caballero — y bien vaya toda su alma — que a los portugueses jaques*», etc.: — aquélla por lo bien que el diablo de Canarín ha cantado; ésta por lo bien que el caballero de Cabezón ha zurrado a los portugueses. El guaso que habla en el romance gauchesco del siglo VIII, evitó el *hideputa* en presencia de Cevallos, ante quien habla, y evitó el *hijuepucha*, que era también una interjección escabrosa, y ensayó, con el *hi de puja*, o *he de puja*, un feliz eufemismo. Esta es, por otra parte, la función de las interjecciones, cuya ubicuidad les permite expresar los más contrarios afectos, intercalándose en la frase, como una simple nota de emoción al margen del discurso.

En llegando a este punto, veo que ya no queda rastro del erizado y trivial artículo. Ahí dejo eso, como una araña aplastada en el suelo...

Para cosa tan nimia y victoria tan fácil, podría, ciertamente, haberme evitado el trabajo de escribir estas líneas. Pero, sacrificando el tiempo que dedico a mejores tareas, he querido escribirlo, no por el signatario — a quien no conozco ni de lejos, — sino en atención a la revista *Estudios*. Sé que ella se edita bajo la superintendencia de los padres del Salvador y que se la destina a los colegios católicos de la República. Deseo evitar que el candor juvenil de los estudiantes pueda ser sorprendido por tales detracciones, como ha sido sorprendida, a no dudarlo, la notoria ciencia de los directores del Colegio.

No. Mi libro es imperfecto, como toda obra humana; y yo mismo he de ir corrigiéndolo a medida que le descubra sus errores o que la crítica ilustrada me los señale. Pero no es exacto que esa apostilla de *Los gauchescos* señale un error, ni es verdad que mi enseñanza de literatura argentina tenga otro ideal que conducir las nuevas generaciones hacia las puras y universales formas de la belleza, en platónica armonía de verdad, de belleza y de bien. Dan testimonio de ello mis discípulos, y los numerosos oyentes de mis lecciones públicas, y críticos inteligentes que han comentado mi libro, y académicos insospechables, que han aprobado mi enseñanza. Los nombres del doctor Rafael Obligado, presidente de la Academia, del doctor Norberto Piñero, decano de la Facultad, y del doctor Lorenzo Anadón, consejero de la misma, cuéntanse entre ellos; y no serán recusados — creo — ni por la Academia Literaria del Plata, ni por los ilustrados padres del Salvador. Uno de ellos, celebraba hace poco mi libro, recordando la famosa sentencia horaciana: *Exegi monumentum aere perennius*.

He comentado las tradiciones indígenas por necesidad de mi tema, y no fuera de lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde hay un museo de arqueología indígena, y donde también son estudiados el folklore y los huesos de los indios, en cátedras de filosofía y antropología precolombianas. No ha protestado de mi doctrina la Universidad, porque la ha entendido, y porque no tiene dogmas oficiales las universidades laicas, y porque sus cátedras son libres, y porque ningún académico avisado puede ignorar que el es-



tudio de nuestros orígenes precolombianos contribuye a explicar el ambiente histórico de nuestra incipiente cultura. Lejos de protestar, la Universidad de Buenos Aires, me ha dado muestras inequívocas de su aprobación, en formas que sería vanidoso recordar aquí.

No ocultaré mi simpatía por las razas indígenas, en cuanto su miseria despierta la piedad, y su historia la emoción de lo legendario. Así estudiaron sus lenguas, sus cantos y sus mitos, los primeros evangelizadores cristianos; aquellos jesuitas que se llamaron Montoya, Barzana, Falkner, Techo, Lozano, Valdivia. Por eso también justifico mi asombro, al ver a una revista vinculada a la Orden, protestar de que se continúe y valore la obra que los padres de la Compañía en otro tiempo realizaron.

En el segundo tomo de mi Historia, que se titula *Los Coloniales*, estudio las crónicas de la conquista y la obra intelectual de las órdenes religiosas, como podrá verlo el señor director por el índice que le envío. Y si católicos y académicos protestaran de que estudie a los indios y los gauchos, tendré que prepararme a las protestas de masones y criollos, porque estudio la obra intelectual de jesuitas y españoles, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, período de nuestra formación colonial...

Ni una ni otra cosa me inquietan. Hace tiempo que he logrado llevar mi pensamiento a aquella zona de serenidad espiritual, donde el odio recíproco de las sectas se concilia en el puro amor de la sabiduría, desde donde puede uno ver todas las cosas de la creación — aún las ínfimas y deformes — con una vasta piedad religiosa.

De esa actitud de amor, nace la necesidad de comprender las cosas antagónicas. Yo he procurado comprender a los indios y a los gauchos, y creo haberlos comprendido en su rudeza espontánea; más fácilmente que a ciertos «semicivilizados» que sólo saben odiar; y que apenas se les enseña a escribir, escriben «malas palabras», o creen que la pluma de acero es un puñalito para degollar «cristianos».

Alguna dificultad he tenido para comprender ese desproporcionado furor de mi crítico, y pues no hallaba su causa en las razones de la inteligencia, he procurado encontrarla en los móviles de la pasión, y creo haberla encontrado: el autor de ese artículo tiene un agravio contra el autor de *Los Gauchescos*, y ello explica su tono descortés, quitándole todo valor a su requisitoria.

El personaje de quien tratamos, que es ingeniero de profesión, «fabricó» hace tiempo una *Antología* en diez tomos, donde publicó por suyo casi todo el material de la Colección Gutiérrez, que se guarda en la Biblioteca del Congreso, y el de la Colección Seguro, que se guarda en la Biblioteca Nacional. El «antologista» era subsecretario del Ministerio de Hacienda — función ajena a las letras, — cuando obtuvo para su edición varios miles de pesos, en los pingües días del Centenario.

Ahora bien: yo he dicho en mi obra y en mi cátedra, que esa *Antología* del Centenario es costosa y mala. He criticado hasta su título, pues no se puede llamar *antología* (es decir, *ramillete*, en griego), a una colección de diez tomos; ni *antología* de *poetas argentinos*, a una compilación donde figuran autores de malos versos, como un cierto Medrano, que no era poeta, y un cierto Prego, que no era argentino. Esto será en todo caso un tren de carga o un tranvía, o un rascacielo de cemento armado, o una empresa editorial; pero nunca una «antología». Desde las *antologías griegas* de Cephalas y Planudio, hasta la más reciente de Menéndez y Pelayo, que es un tomito de bolsillo, siempre se significó en ese nombre la idea de selección y gracia de las *guirnaldas* o *florilegios*, como también se llamaron. La *Antología Hispano-Americana*, del propio Menéndez y Pelayo, consta de cuatro tomos; pero comprende quince naciones, lo cual importa conceder cien páginas a la poesía argentina.

Hay más aún: en esa colección de 1910 se repiten composiciones: así un himno de Lafinur, que aparece en la página 5 del tomo III y reaparece en la página 58, del mismo tomo, lo cual demuestra que ni siquiera han sido revisadas las prue-

bas. Y esto se confirma por las erratas y lagunas que hay en casi todos los poemas, especialmente en el *Triunfo Argentino*, de Vicente López, y el *Romance heroico*, de Rivarola. Yo los he cotejado con las ediciones príncipes, y tengo anotados en mi ejemplar hasta diez erratas por página, y versos amétricos por culpa del editor, y lagunas que son hasta series de cuatro versos saltados, como en la página 141 del tomo I. Pero es más grave que todo eso, el dar poemas con arbitraria atribución de autor, como luego veremos. En presencia de cosas semejantes, he aconsejado usar con precaución de esa *Antología*; y naturalmente, la víctima no tiene por qué guardarme gratitud.

Hay más aún: yo he dicho en mi libro, que ese romance del siglo XVIII (el de la mala palabra), publicado en la *Antología* como obra de Maziel, no es de Maziel. He ido a ver su fuente en la Biblioteca Nacional, un manuscrito de la Colección Segurola (número 3361, que cito en mi obra), y me he encontrado con una mala copia de segunda mano, sin nombre de autor, ni atribución alguna o pruebas de autenticidad. La atribución ha sido hecha a las calladas por el ex subsecretario del ministerio de Hacienda, que es oriundo de Santa Fe, de donde era Maziel; de modo que se advierte el motivo de esa debilidad: quiso dar a su conterráneo la paternidad del primer ensayo gauchesco. Pero como todo esto es ajeno a la verdadera ciencia, yo no podía dejar de denunciar «el hecho», y lo denuncié en la página 332 de *Los Gauchescos*, obedeciendo a deberes de probidad. El allí descubierto, es el mismo que salta en *Estudios*, ciego de rabia contra mi libro. Pero ya se ve: la dentellada no ha alcanzado a la presa.

Tal es la tómica historia de un hombre que salió a la calle, sin advertir el peligro, voceando: «¡Una afrenta y una falsedad!» — Diga ahora el lector para quién es la «afrenta»; para quién el rubor de la «falsedad».

Y aquí me detengo, porque no hay para qué seguir hablando de cosas ajenas a la literatura. Si alguna vez aludí a esa *Antología*, es porque se trataba de una mala edición a expensas del erario público; pero hubiera deseado evitar de nombrarla.

como evito el nombre del «autor», porque en cuestiones de ideas, busco siempre el giro menos mortificante para las personas. Deseo haber sabido conservar aquí esa línea, hasta por razones estéticas. Sólo me interesaba esclarecer la verdad de mi obra. La persona del detractor no me preocupa. Y ante ese caso de verdadero delirio literario que es el artículo replicado, sonrío simplemente, y paso...

Muy agradecido por la publicación de estas líneas, saluda atentamente al señor director de *Estudios*, S. S. S.

RICARDO ROJAS

Abril de 1918.

---

## TEOGNIS<sup>(1)</sup>

---

Teognis es el nombre que llevan unos 692 dísticos en la colección de los poetas elegíacos griegos. Ningún poeta elegíaco tiene más versos.

Su edad es lo primero que se busca. Podríamos, sin más, aceptar las fechas de los cronógrafos griegos y pagarnos con ellas. Estos lo hacen florecer en la olimpiada 59<sup>o</sup> ó 58<sup>o</sup>, esto es, en 544 ó 548 a. C. Le dicen contemporáneo de Focílides y del filósofo Terécides; y como éste era maestro de Pitágoras, la misma honra se atribuye a Teognis.

Ya sabemos que estas fechas los cronógrafos griegos las daban por conjetura. Focílides y Teognis eran, ambos, poetas gnómicos; ambos servían para la educación de la juventud en las escuelas; y sus nombres iban asociados. Si esta unión de los dos nombres fué la base única de las conjeturas de los cronógrafos, o si tenían ellos otras indicaciones, no sabemos.

Mas la crítica no se contenta tan fácilmente. Desconfiando de la cronología antigua, busca indicios que le permitan llegar a resultados más seguros, o que, por lo menos, confirmen los datos antiguos y permitan aceptarlos con mayor confianza. Los versos mismos del poeta son el campo de sus investigaciones. Pero antes hay que estar seguros de su autenticidad. Esta es, por lo tanto, la primera cuestión.

Pues estos versos no son sino una *síloge*, vale decir, una colección de trozos de varios autores. Sobre este punto no hay que dudar. Pero vayamos despacio, y con orden.

---

(1) Cediendo a las instancias de los alumnos de literatura griega y para facilitar sus estudios, el Dr. Capello ha consentido gentilmente que publiquemos éstas páginas en su forma escueta de apuntes para una lección.

Suidas enumera las obras de Teognis, que serían: 1º una elegía dirigida a los siracusanos salvados en el sitio: de qué sitio se trate, no lo declara; 2º sentencias en forma de elegías, en 2.800 versos; 3º una gnomología en dísticos, dirigidos a Cirno, su querido; y otros consejos exhortativos en hexámetros (*epikós*).

Mas estas mismas indicaciones de Suidas no son fundamento firme para conjeturas, a causa de las correcciones introducidas en el texto. Fabricio leía: *sentencias en hexámetros*, en 2.800 versos.

Que Teognis no escribiera sólo dísticos, resultaría de un pasaje del *Menón* de Platón (p. 95, D.). En cuanto a la última obra: *otras sentencias y exhortaciones, epikós* debía de leerse *aeikós*, porque Fabricio traduce: *en los que se encuentran muchas obscenidades*.

El significado de *epikós* es: *en hexámetros*. Harrison propone: *en lengua épica*, pero no es interpretación satisfactoria.

Si mantenemos el texto de Suidas como debía de leerse en el siglo XVIII, en las últimas obras: *la gnomología en dísticos*, y *las otras exhortaciones algo obscenas*, estaría indicado con bastante claridad lo que tenemos de Teognis.

Son 1.524 versos, en dos libros; el primero de unos 1.354 versos, y 10 sacados de varios autores que los citan; el segundo de unos 166. Pero el número no es el mismo para para todos, porque algunos no cuentan los versos repetidos. No haciéndolo, serían 1.379 versos, y el primer libro constaría de 1.220; el segundo, de 159.

El primer libro, de 1.220 versos, sería la *gnomología* de Suidas, dedicada a Cirno; el segundo, en 159, estaría constituido por las otras exhortaciones de carácter algo obsceno.

Es del primer libro, del que hablaremos en seguida.

\*

El nombre de *gnomología* o colección de sentencia, le conviene hasta cierto punto.

Es una reunión de trozos distintos, cada uno de los cuales con sentido completo, pero no todos obra de Teognis. Algunos de estos trozos, o *églogas*, son de Tirteo, de Mimnermo o de

Solón, y los encontramos en los versos de estos poetas que se han conservado.

El ser tan escasos los versos de Mimnermo llegados hasta nosotros, y el entrar algunos en la síloge de Teognis, hace suponer, con razón, que si poseyésemos todos los versos de Mimnermo hallaríamos muchos más de ellos en Teognis.

Razonable es también suponer que de las 330 églogas, más o menos, no pocas pertenezcan a otros poetas, bien que ello no se pueda demostrar, por haberse perdido sus obras.

Queda por saber quién fué el compilador de la síloge. (Entiendo siempre hablar del primer libro o primera parte. También la segunda es una síloge, pero de carácter diverso). Como nadie en lo antiguo habla de síloge, no es problema poco difícil de resolver, el de conocer el autor, el tiempo y la forma primitiva de la compilación. Aunque uno acertara, la demostración faltaría siempre.

Se empieza, pues, por establecer la probable época de la compilación; o mejor, por buscar el llamado *terminus ante quem*, o sea, el tiempo antes del cual no pudo estar compuesta la síloge. Se busca, por tanto, hasta qué siglo llegan los poetas que sirvieron para la compilación.

Es evidente que también aquí estamos frente a otra puerta cerrada. Fuera de los pocos de los cuales se han conservado versos, — que se encuentran también en la síloge, — de los demás nada se puede afirmar. Pero a falta de pruebas directas, pueden servir las indirectas.

Pues bien, Aristóteles cita un verso de Eveno — poeta de la segunda mitad del siglo V — que se encuentra en la síloge. Se concluye de aquí, que en ella había trozos de poetas hasta la segunda mitad del siglo V, edad en que florecía Eveno.

Para sentir toda la vanidad de una demostración tal, basta considerar lo que presupone como cierto para ser válida. Presupone que Aristóteles no pudo equivocarse; y esto lo admitiremos. Presupone que Eveno no haya podido tomar de Teognis el verso; y esto nadie lo admitirá, tanto más si se tiene en cuenta que Teognis era uno de los poetas más usados en las escuelas como textos de lectura, y que el verso citado es un *refrán*, un proverbio:

*Todo lo que se hace por fuerza, es molesto.*

He aquí otra conclusión más, a que se llega partiendo de éste y otro hecho semejante. Aristóteles cita el consabido verso de Eveno, que es el 472 de la síloge, y lo cita como de Eveno, y menciona, además, dos versos sin nombre de autor, escritos sobre la pared del propíleo del templo de Latona en Delfos; estos dos versos son el 255 y 256 de la síloge. De existir ya ésta, Aristóteles habría dicho que aquellos versos eran de Teognis. Se concluye afirmando que la síloge no existía aún en tiempo de Aristóteles.

No me detengo en poner de relieve la endeblez de tales pruebas. Quizá tendrían alguna apariencia de probabilidad, si estuviéramos ciertos que la síloge fué compuesta toda de una vez, y permaneció luego tal cual.

Tratándose de una colección de trozos. ¿quién prohíbe pensar que cada cual, al copiarla para su uso, no agregara otros trozos, y que la síloge fuera aumentando? Pero admitamos la síloge y admitamos que se remonte poco más o menos a la edad de Isócrates y de Platón (por qué fijo esta edad, y no otra cualquiera, lo diré después).

Admitida, pues, según dije, la síloge, nace otro problema: el de saber por cuál motivo se le diera el nombre de Teognis. Una síloge era la corona de Meleagro; pero se titulaba *Corona de Meleagro*, y no con el nombre de uno de los poetas de la colección. Y he aquí otro problema: el compilador tomó trozos de Teognis y otros poetas; ¿qué forma tenían las poesías de Teognis? Es de presumir que el silógrafo tratara a Teognis como a los demás, y que éste compusiera un libro de elegías, de las cuales el autor de la síloge sacara los trozos que convenían a su propósito. Es la idea que da Müller: « Cuando es- » tuvo de moda extraer de los poetas las observaciones gene- » rales y las sentencias, se desechó de Teognis todo cuanto li- » mitaba sus elegías a circunstancias particulares y que tenía » carácter individual, y se compuso de este modo aquella gno- » mología, o colección de sentencias, que después de muchas » revisiones e interpolaciones de fragmentos de otros poetas, » existe aún. » Si se acepta este concepto, se habrá de pensar que se hizo primero una colección de fragmentos, todos de



Teognis — y esto explica por qué la síloge lleva su nombre — ; y que después esta primitiva compilación se alteró con intercalar trozos de otros poetas. La idea de Müller tiene la ventaja de ser clara. Ese gran hombre, cuando habla, tiene algo que decir.

\*

Queda, empero, por ver si la idea de observaciones generales y sentencias convenga a los trozos. Pues bien, si muchas églogas, sobre todo las más breves, pueden considerarse como *sentencias y observaciones generales*, muchas otras, y son las más importantes, no se pueden comprender cómodamente bajo tal título.

Mas la existencia de elegías de Teognis por el estilo de las de Mimnermo y Solón, compuestas para una circunstancia dada, es mera hipótesis. Se añade que estas elegías estaban compuestas para los banquetes, y ello se argüiría de los versos 239-40. Se hizo la síloge, dice Fracccaroli, no para los convites únicamente, ni para las escuelas, sino *para la vida*; lo cual es como decir que que se hizo sin ningún objeto.

Admitidas las elegías o colección de elegías enteras, de las cuales la síloge no contendría sino trozos, surge otro problema: el de saber por qué y cuándo la obra original de Teognis se perdió, quedando en su lugar la síloge.

Otro problema es determinar cuáles de las *églogas* son de Teognis. Se cree poder demostrar que a él pertenecen casi todos los 200 primeros versos. Se han buscado con diligencia en todos los escritores antiguos hasta Aristóteles, los versos citados por los escritores antiguos hasta Aristóteles, los versos citados como de Teognis, y todos, excepto uno solo, se encuentran en los 200 versos referidos. Esta es la parte positiva; la negativa es que los fragmentos hallados en los otros poetas, uno solo, de Solón, se encuentra en aquellos versos.

Teognis estaría en la síloge como un cometa, con el núcleo en los 200 primeros versos y la cola en los demás.

He insistido algo más de lo necesario, para dar idea del método. Tan serio y profundo parece todo esto, y no es más que ruido.

La manera de citar un verso, por lo mismo que puede depender de muchas causas, no puede servir para demostrar nada. Aristóteles, cita, *áriston men húdor* («óptima es el agua»), con las palabras: «Y por eso se dice»: *óthen légetai*; y, sin embargo, son las primeras palabras de la primera oda de Píndaro. ¿Se habrá de deducir de esto, que aquella oda aun no formaba parte, en tiempo de Aristóteles, de las poesías de Píndaro?

Harrison, en sus estudios sobre Teognis, obra diligente, sostiene que el autor de la síloga es el mismo Teognis, y que llegó a nosotros casi tal cual salió de las manos del poeta. Pues esta que parece una tesis extravagante, puede que sea la más cercana a la verdad.

El mismo Teognis, después de las invocaciones de costumbre, pasa a proponer el tema de su obra. Como toda la demostración estriba en estos versos y los de la égloga anterior, traduciremos al pie de la letra las palabras de Teognis, que suenan:

« *A ti, yo, porque te quiero bien aconsejaré, (upothésomai) esto es, daré consejos, tales cuales precisamente (oía per) yo, Cirno, los aprendí de hombres buenos siendo muchacho.* »

Quiere decir que se propone dar a Cirno los consejos que recibió él, cuando muchacho, de sus maestros, y dárselos en la misma forma precisamente en que los aprendió. Tal es el significado de *oía per*.

Pues era costumbre enseñar a los muchachos la moral; sirviéndose para el objeto de los versos de algún poeta. Así como la había aprendido Teognis cuando niño, esto es, con los mismos versos con que la había aprendido, entiende comunicársela a Cirno. Este es el sentido cabal de aquellos versos.

No quiere decir *los consejos que me han dado a mí, cuando aun era muchacho, te los daré a ti*; es al modo de darlos a lo que Teognis se refiere: *oía* es relativo de calidad reforzado por *per*; equivale, pues, a un adverbio: *del modo mismo precisamente*. La forma en que los recibió es la que quedará la misma.

Véase que no hacemos sino ceñirnos a la letra del texto:

«Te repetiré en la misma forma lo que aprendí yo, muchacho». ¡A esas las llaman sutilezas!

Pues nacen muchas cuestiones precisamente por no reparar en tales sutilezas. No se repara por la inercia del pensamiento, que arrastra por sus *camínos habituales*. Es tan común decir: «¡te enseñaré lo que aprendí yo cuando niño!» Pero Teognis dice: quiero dar a mis consejos la *forma misma con la cual los aprendí yo cuando niño*. He aquí explicado cómo se encuentren trozos de Solón, de Mimnermo o de Tirteo; y explicadas, asimismo, las alteraciones que estos trozos han sufrido. El los trae como los había aprendido.

Si es así, entonces, — se dirá, — la obra de Teognis no debía de ser sino una colección de versos ajenos, él no entendía poner nada suyo. Falso. Es que antes de esta égloga hay otra, y en ella se indica la parte de la síloge *que es de Teognis* y la manera de conocerla.

Examinemos ahora esta égloga, traduciéndola sin más según se ha de entender, sin dar razón de cada palabra, aunque para cada interpretación, además del diccionario y la gramática, están los autores más competentes. La exactitud de la interpretación, sí la garantizo; juzguen pues ustedes:

«*Cirno, quede puesto como mi sello, cuando compongo yo, en los siguientes versos*». Dice: *Cirno*, y después sigue: *quede puesto como mi sello*, y se ha de entender por sello este mismo *vocablo que pronuncio*, es decir, el vocativo *Cirno*. Y así lo entendieron y entienden todos menos Fraccaroli, que se indigna de tal interpretación: El traduce: *Cirno, l'ho ben trovato io il sigillo da porre a' miei versi*. Pero el bueno de Fraccaroli el sello él no lo ha encontrado.

Tan arraigada está la prevención de que se trata de una síloge, y de una síloge hecha *por otro*, que aun los que interpretan exactamente estos versos, no saben después sacar conclusiones.

Es evidente, pues, que Teognis piensa en una obra que consta, en parte, de versos por él compuestos, y en parte de versos aprendidos de muchacho, versos de otros poetas; y para distinguir los suyos, dice: *quede como mi sello* «Kúrne», el vocativo Kúrne. Y, en efecto, vemos que la síloge contiene 70 églogas o trozos con el vocativo *Cirno*; y 4 con el vocativo

*Polípaides* (hijo de *Pólipa*: «el rico»), es decir, otra vez *Cirno*. Las demás no tienen este vocativo; no tienen el sello, y, por lo tanto, no debemos considerarlas como de *Teognis*.

Sigamos traduciendo la égloga:

«... y de ningún modo (sigue diciendo) *pasarán inadvertidos siendo tomados de otros*». Esta traducción no necesita defensa, porque es la única que dan el léxico y la gramática. Y, sin embargo, interpretan:

«... de este modo (*de*, no puede significar «de este modo»), *si alguien los roba, no podrá quedar escondido*»; vale decir: «*el hurto será descubierto*».

Se presta a *Teognis* un concepto absurdo; e introdúcese la idea de plagio, habitual hoy, pero tan lejos de las ideas de entonces y fuera de propósito.

Si *Teognis* hubiese entendido tal cosa, se habría expresado así:

*Lései d'óupote kleptómenos*: «no los robaría uno *sin ser descubierto*».

Los versos que siguen, dice *Teognis*, si son míos, *llevarán el sello*, y si son de otros poetas, *se conocerán* por no tener marca, no tener sello. Ni podía decir otra cosa. El *sello* se puede suprimir fácilmente y la mercadería robada no se reconocerá. Tan evidente es que *kleptómena* es antítesis de *sophizoménô*, hasta por la *posición* de las palabras, que sólo la prevención no permitió advertirlo.

Ni menos equivocada es la interpretación del verso que sigue. El sentido del mismo, según la gramática, es éste:

«... y *nadie confundirá lo poco bueno con lo bueno que le está delante*.»

Es un símil tomado de los compradores. Si están puestas delante de un comprador las mercaderías de primera calidad y de segunda calidad, no siendo él conocedor, se equivocará fácilmente y tomará una por otra. Pues llevando lo que es de *Teognis* su marca, la confusión no será posible. Prueba de que se trata siempre de una exposición de versos de *Teognis* y de otros poetas; si no, ¿para qué servirá la marca?

Fraccaroli, siempre con el pensamiento en el plagio, traduce:

«*Nè ci sarà chi muti peggiorando ciò ch' é fatto bene.*»

¿Y si lo cambiara? Puesto que el ladrón, vende por suyas la mercadería, ¿qué le puede importar a Teognis que la empeore?

El poeta continúa:

«... de este modo cualquiera dirá: de Teognis son versos, el de Megara.»

Hay otro medio verso, que traducen: *celebrado entre todos los hombres*. Para traducir así *celebrado*, debería, como aposición, estar en genitivo: *Theógnidos... onomastoû... de Teognis... el celebrado... Teognidís celeberrimi*, y no *celeberrimus*. Es que aquí se pone fuera de lugar un punto; suprimiéndolo todo se aclara y vuelve razonable.

«De este modo cualquiera dirá: «de Teognis son los versos, » el de Megara». Pero yo, entre todos los hombres celebrado, » a todos los ciudadanos no puedo agradar. No es de extrañar, » Polipaidés, porque ni Zeus a todos agrada, ni cuando envía » la lluvia ni cuando la detiene.»

La supresión del punto es propuesta por Bergk e Hiller; pero, a pesar de su evidencia absoluta y de la antítesis: *entre todos los hombres y todos los ciudadanos*, no se crea que la corrección sea aceptada por todos. Aunque el punto se leyese en todos los códices, ¿qué importaría? Sabemos que la puntuación no se introdujo en Grecia sino unos tres siglos después de Teognis.

\*

Me parece, pues, que de las mismas palabras de Teognis resulta que la obra compuesta para Cirno constaba de versos suyos, y versos que había aprendido desde muchacho, de sus maestros. Lo que no sabemos es cuánto la síloge que poseemos difiere de la primitiva de Teognis. Que difiere resulta de encontrarse en Ateneo, por ejemplo, un dístico con el sello, esto es, con el vocativo *Cirno*, el cual no lo hallamos en la síloge. Esto hace sospechar que también versos de Teognis se hayan suprimido; que la síloge de Ateneo era más abundante que la actual.

Pero hay otro criterio: y es que los versos han de tener el carácter de preceptos y consejos, aunque Teognis no define

los suyos con ningún carácter especial. Las églogas que no se avienen de ningún modo con este concepto, se podrían entonces considerar como añadidas.

Según Cursio, Geysó y otros, Teognis compuso una gnomología; y ésta fué la que sirvió, según ellos, a un compilador posterior, hasta el verso 757. Y, en efecto, la cosa parece evidente. Con el verso dicho empieza como otra síloge, mientras la égloga anterior es claramente una *conclusión*. Véase:

«Según, pues, estas enseñanzas, amigo querido, procura  
» hacer fortuna, pero con justos medios; siendo prudente, y  
» absteniéndote de supercherías; nunca, olvidando mis versos.  
» Si obedecieras a mis cuerdos consejos, día vendrá en que me  
» alabarás.»

Aquí tenemos un final. Desde el verso 757 en adelante, seguirían trozos de elegías simposíacas, entre las cuales encontramos, aunque más raramente, églogas con el nombre de Cirno, tomadas de la primera parte y puestas aquí para que todo se creyera de Teognis. Según Studemund, desde el verso 933 empezaría otro florilegio; puede esto admitirse, con tal de que nadie salga aún pretendiendo descubrir otros florilegios.

En cuanto a la segunda parte, de las 44 églogas que la componen una sola lleva el nombre de *Cirno*. Las demás, o no tienen vocativo, o tienen el vocativo *ô paî*. Según Welcker, estos dos vocativos serían equivalentes. Kúrnos significaría *muchacho, niño bien; Polipa* (de donde «Polipaidés»), *hombre rico*. Teognis, pues, se dirigiría no a un muchacho Cirno, sino a los muchachos de buena familia, en general. Mejor es tomar Cirno como un nombre propio.

La segunda parte, por su carácter — dicen — (trata de amores a la griega), no puede ser de Teognis; porque la idea que los antiguos se formaban de él, y que debía resultar de todos sus escritos, es la que se lee en Isócrates, el cual le pone, con Focílides y Hesíodo, entre los poetas más morales. Pero esto se verá después.

\*

Así conocida la obra de Teognis, podemos servirnos de ella en las cuestiones sobre su patria y edad. Las églogas que llevan

el nombre de Cirno las consideraremos como genuinas; las restantes no tendrán valor. Adoptando esta medida, muy poco tendremos que decir; la carretera de las charlas, como dice Píndaro, se nos cierra. Por eso algunos eruditos, al llegar aquí, tratan de demostrar que también muchos otros fragmentos pueden ser de Teognis, y, sobre todo, los de que necesitan para llenar el volumen.

Hay otra consideración, y es que aunque nada seaprezca menos a un poema que esta colección de trozos, sin embargo con ciertos caracteres exteriores el autor quiso darle apariencia de poema. Así, vemos que tiene en principio *su invocación*; sigue algo como una *prótesis*, que son los versos examinados, y, al fin, una conclusión. El nombre de Cirno en la invocación no podía caber; y es absurdo exigirlo en este caso. Pero hay aquí, asimismo, algo singular, y es que las invocaciones son cuatro, dos a Apolo, una a Artemis y una a las Musas. A mí esto no me parece natural; y sospecho, por tanto, que no debía de haber más de una: la invocación a las Musas, y que las otras le han sido antepuestas (una sobre todo, la de Artemis) por alguna particular razón que veremos más abajo.

Si, pues, tenemos todo en cuenta, y volvemos a las fechas dadas por los cronógrafos, que hacían florecer a Teognis en 548 (Euseb.) o 544 a. C., y nacer en 590 ó 580 a. C., observamos que los versos 840 y siguientes, presuponen que floreciera antes de la caída de los Cipsélidas, tiranos de Corinto, quienes dominaron, Cipselo, el fundador de la tiranía, desde 657 hasta 629, y Periandro, su hijo y sucesor, hasta 585. Los Cipsélidas fueron expulsados definitivamente en 582.

Estas son las fechas admitidas hasta ahora. Advierto, empero, que ellas han sido hoy impugnadas, como veremos al tratar de otros poetas más adelante, y que se sostiene que Periandro hubo de vivir hasta 540, por lo menos. Si se acepta tal opinión, entonces Teognis podía florecer en 548 ó 544 a. C., y desear, entonces, la caída de los Cipsélidas.

El fragmento v. 890 y siguientes, no se opone a la cronología teognídea dada por los antiguos; opónese tan sólo si se admite el fin de los Cipsélidas en 582. Dicho fragmento suena:

« ¡Ay de mí! qué gran pereza. Pereció Cerinto, y la llanura del Selanto, rica en viñedos, se está talando. La gente de bien está en el destierro, y la canalla gobierna la ciudad. ¡Ojalá aniquilara Zeus la raza de los Cipséolidas! »

Se colige de estos versos que su autor era de Eubea: Cerinto era *un castillo* de Eubea; la llanura del Selanto era la de Calcis, en Eubea, por donde pasa el río Selanto. Los que admiten que los Cipséolidas cayeron en 582, para salvar estos versos a Teognis, con vana erudición se esfuerzan en demostrar que la imprecación: « ¡Ojalá aniquilara Zeus la raza de los Cipséolidas! », es una frase proverbial. Mas tales esfuerzos no producen otro efecto que hacer desconfiar de la razón misma, y despreciar la erudición histórica.

Dije que el autor era de Eubea: y Cursius opina que sea un fragmento de ciertas elegías colquidenses, de que se habla en algunos autores. Para nosotros no vale nada, puesto que carece de la marca. Podría argumentarse que estos versos no se encontraban en la síloga en la época alejandrina, porque los eruditos las habrían aprovechado para fijar la edad de Teognis. Los cronógrafos alejandrinos ponían la caída de los Cipséolidas en 582.

En otros versos se alude al peligro o amenaza de una invasión persa, y precisamente a la de Jerjes en 480, porque se habla de la discordia de los griegos, que será causa de su ruina. El autor del trozo es de Megara sin duda, y lo demuestran los primeros versos. De ser Teognis, resultaría que florecía hacia 480. Aquí también, para salvar la fecha tradicional de 544, los eruditos hacen otro esfuerzo y pretenden demostrar que un peligro *persa* existía asimismo en 544, cuando Arpago, general de Ciro, asaltó a los jonios de Asia. Pero esto sólo prueba que cualquier apariencia de razonamiento les basta a los eruditos.

El fragmento empieza por el verso 773 y es la 3ª égloga de aquella colección de elegías simposíacas que fué añadida, según Cursius, a la obra de Teognis. No llevando el vocativo *Cirno*, para nosotros no vale.

Sin embargo, queda la dificultad de saber a quién se puede atribuir, porque no hay memoria de poetas elegíacos, de Megara Atica por supuesto, sino de Teognis.



También en el fragmento que empieza por el verso 757 se habla de la guerra de los medos; pero éste tampoco lleva el sello.

Con respecto de la edad, no hay, pues, versos seguramente genuinos en la síloge que obliguen a desechar la fecha tradicional. Pero hay otro dato relativo a ésta. De él sólo habla Suidas. Dice que Teognis dedicó una elegía a los siracusanos salvados en el sitio. De qué sitio se trate, no lo dice. De los sitios de Siracusa no se conoce ninguno anterior al de 414. Este no puede ser el indicado por Suidas. Siracusa fué libertada del sitio, por Gilipo. Una expresión como la de: «siracusanos salvados en el sitio», no puede convenir a uno del cual se salvaron todos los siracusanos, triunfando de sus enemigos.

Los eruditos, empezando por Müller, corrigen el texto, cambiando el orden de las palabras, y entienden que Teognis dirigió una elegía a los megarenses que sobrevivieron al sitio puesto a Megara por los siracusanos.

Hacia 483, Gelón, tirano de Siracusa, sitió a Megara H. blea, y, apoderándose de la ciudad, llevó a Siracusa los ricos, haciéndolos ciudadanos, y mandó vender al pueblo como esclavo. Es a estos ricos a quienes se dirigía Teognis. Pero una conjetura basada sobre determinada alteración de un texto, no satisface a nadie. Si el hecho de la elegía fuese cierto, entonces cualquier hipótesis sería admisible. Mas cuando un dato sólo se lee en Suidas, no se le suele dar gran valor, a causa de sus continuas equivocaciones.

FRANCISCO CAPELLA.

(Concluirá.)

# Contribución al curso de Historia del Arte <sup>(1)</sup>

## EL ARTE TUVO ORIGEN EN LA RELIGION

### I

#### *Embriología del arte*

Se había creído que los primeros objetos artísticos fuesen cosa de adorno: quizá sea esto verdad si sólo se tiene en cuenta la cerámica; pero para la plástica, el arte se manifestó después de un proceso de evolución mental más elevado que el futil placer de la decoración. Ella transfundió en la materia los afectos y pensamientos más íntimos a que habían llegado los pueblos primitivos, y es la expresión de su pensamiento filosófico y como la fórmula tangible de la abstracción religiosa. Por donde puede afirmarse que el arte y la ciencia se confunden en su aparición.

Al principio los sujetos que plasmaron los artistas son los ídolos y las figuras de los idólatras. Es el mismo hecho psicológico con que tuvo principio el arte griego; y aun en Italia, en el Cuatrocientos y en el Renacimiento, los artistas permanecieron encerrados en el pequeño círculo de la religión y de la mitología. El estudio de la civilización neolítica ha demostrado también que la plástica y la escultura preceden el dibujo y la incisión de las figuras. Las estatuas son anteriores al bajo relieve, porque trazar un perfil o hacer su proyección sobre un plano, es cosa más complicada que plasmar la forma completa por medio de la arcilla. A primera vista parecería cosa contraria a la educación actual de nuestros sentidos, pero no fué así en la edad neolítica, donde hallamos plasmados los

---

(1) Considerando que puede ser de utilidad para los alumnos del curso de Historia del Arte, traducimos el siguiente capítulo IX de la obra del ilustre médico y arqueólogo italiano Angel Mosso, «Le origini della Civiltà Mediterranea».— E. F.

ídolos femeninos, cuando en la cerámica faltan las representaciones de los objetos naturales más sencillos, como las hojas, las ramas y las flores.

Los dos problemas fundamentales de la filosofía *de dónde venimos y a dónde vamos*, se habían presentado ya a los hombres de la edad neolítica con igual misterio y con la misma conmoción intensa; y el arte echó sus brotes para adorar la naturaleza creadora y para el dolor de la muerte. Estudiando las condiciones en que se produjeron las primeras obras de arte, reunimos los documentos para los críticos que siguen la orientación histórica, como para los que siguen la orientación filosófica. Las especies extinguidas del arte son las que nos hacen conocer las fuentes recónditas de donde proviene la estética, y tal investigación se parece a la paleontología confrontada con la zoología.

Se ha dicho que el arte es la infancia, no cronológica sino ideal, del hombre. Se podía suponer, con tal concepto, que en su primera aparición la plástica llevase impreso el sello de la ingenuidad y de la infancia, en cambio hallamos que aparece de repente con caracteres convencionales y con sentimientos viriles. En la teoría del arte con relación a la belleza, se admite que la primera inspiración venga de la realidad, y que la estética sea una intuición abstracta de lo bello sin participación de los sentidos, y que el sentimiento artístico se una a la realidad sin alterarla: en cambio vemos en el ídolo femenino de Festos, que desde la primera aparición del arte, el hombre imprime en el perfil de las formas humanas sus tendencias individuales para ciertas deformaciones del tipo común que satisfacen los sentidos, o los pervierten. Parecerá excesivo a algunos que con tales figuras groseras se quiera afrontar el problema del arte; pero como en la embriología el perfil del hombre no es el que será más adelante, así en estos ensayos está el arte en su forma fetal.

Aun admitiendo que las colecciones de imágenes existentes hoy constituyen un fondo inadecuado para estudiar los orígenes del arte, no será inútil tratar este argumento, porque conoceremos por lo menos las condiciones del terreno donde brotaron las primeras flores del arte. Una tentativa memorable fué hecha por Taine, cuando quiso asimilar la historia

del arte a una rama de las ciencias naturales, pero él no tuvo en cuenta la sociedad primitiva. Las excavaciones recientes permiten examinar con documentos plásticos la psicología de los pueblos en su estado de infancia y describir el ambiente donde se desarrollaba el germen del arte.

La estética, como doctrina filosófica, no puede separarse de las primeras manifestaciones de la vida social cuya esencia constituye. El arte no nace como efecto individual y libre; es el resultado de una serie de casos determinantes, donde la voluntad del artista se pliega a las condiciones del ambiente y a la voluntad colectiva dominada por el sentimiento religioso. La obra del artista primitivo es la voz de una generación entera, es como un eco que repercute y hace resonar las palpitations del pueblo; es el consenso de las almas, no inspirado por el deseo de cooperar a la formación de la belleza, preocupado únicamente de su destino.

El culto de la mujer fué la característica del arte neolítico. Nadie tuvo, desde los comienzos del arte hasta el principio de la edad del bronce, la idea de formar en la creta una forma viril; esto prueba que la religión matriarcal dominaba de un modo incontrastable en el campo de la estética. Y el haberse difundido este arte exclusivamente femenino en toda la cuenca del Mediterráneo, demuestra, junto con la unidad antigua de la religión, la duración larguísima que tuvo la civilización neolítica.

## II

### *La ley de la uniformidad en las representaciones plásticas de la mujer y de los animales domésticos.*

El mote sobre el cual se ha discutido tanto «el arte por el arte», se vuelve una fórmula estéril ahora que hemos visto cómo el arte tradujo, antes que cualquier otra cosa, el pensamiento religioso. La uniformidad en las representaciones plásticas de la mujer y de los animales domésticos en el mundo primitivo, constituye una ley fundamental para el desarrollo del arte.

Ni siquiera la sensualidad con las imágenes voluptuosas que pervierten las razas degradadas, tuvo influencia en la inspiración de los primeros artistas. La falta de objetos pornográficos

en el arte primitivo es un testimonio fiel de la elevación y de la pureza que tuvo la civilización mediterránea desde su nacimiento, así que la moral y la religión confluyeron a las raíces donde tuvo principio la existencia social. Carlos Darwin hablando de la selección sexual, hace notar que la hembra ejerce una influencia preponderante, porque los colores brillantes de las plumas que tienen los machos y el canto más musical, son atributos masculinos desarrollados por la selección de las hembras. La religión matriarcal tiene su origen en el instinto y es un atributo de devoción que los hombres primitivos tuvieron por la mujer, no es el fruto de una corrupción precoz de las costumbres, como muchos han creído.

Las estatuitas encontradas en Heliópolis por el profesor Schiaparelli en el terreno neolítico (ocho metros debajo de la superficie actual del terreno) y las de la primera dinastía desenterradas por Petrie en Abydos, son idénticas a las de Creta y de Italia. Desde Egipto hasta Butmir en la Bosnia, el primer animal que se presenta en la época neolítica es el buey. Formulada esta ley de la uniformidad en las representaciones de la mujer y de los animales durante la edad neolítica, ella se vuelve importante para la crítica histórica en la psicología de los pueblos. Las diferencias étnicas fueron, en los comienzos del arte, menos evidentes de lo que se han hecho en lo sucesivo con el progreso de la cultura. Se podría encontrar aquí una aplicación de la ley formulada por Spencer, que la evolución es el producto de una diferenciación creciente.

La cuestión tan debatida de la influencia que tienen el ambiente y la raza en el desarrollo y en el florecimiento del arte, es un tema que puede estudiarse ya en las épocas prehistóricas. Como en el embrión hay un primer estado en que todas las células son iguales y poco a poco se van diferenciando para formar los diversos órganos de nuestro cuerpo. así en la civilización mediterránea y en toda Europa hubo un estado embrionario de la sociedad, al que faltaron las notas características de los pueblos como ahora se manifiestan en el arte. La evolución mental y la elevación social fueron una obra difícilísima que duró centenares de siglos. Y finalmente, que el arte germinase casi al mismo tiempo y del mismo modo, con la misma inspiración y con productos idénticos en una parte

tan grande del mundo antiguo, prueba que el genio inventivo del hombre es bastante limitado.

### III

#### *Cuándo vinieron los primeros artistas de la Francia meridional*

El arte, en su aparición, no es un efluvio que se difunde uniformemente en las generaciones humanas, sino que hay desde el principio, centros de irradiación donde se enciende y se propaga el calor del arte, y la presión de esta energía se transmite a los países circunstantes. Así vemos, por ejemplo, que en la Francia meridional, y más tarde en Butmir en la Bosnia, durante la edad neolítica el arte alcanzó un gran desarrollo en provincias limitadas y en tiempos restringidos, como sucedió durante el Renacimiento en Italia y luego en Holanda, y primeramente en Atenas.

Todos saben que en la Francia meridional vivieron generaciones de artistas al mismo tiempo que el mamut y el reno. Todo lo que grabaron con sencillas puntas de piedra sobre guijarros, dientes de mamut y cuernos de reno, es de tal realismo, de una perfección tan grande, que nada se encuentra hasta ahora en el Oriente prehistórico que pueda comparársele. Un reno moribundo, algunas cabezas de caballos son verdaderos prodigios del arte. Se conocían ya estos objetos maravillosos encontrados en las cavernas de la Francia meridional, cuando la atención de los arqueólogos fué solicitada por los grabados y pinturas en las paredes de las cavernas. El centro artístico fué trasladado más hacia el Sud con estos nuevos hallazgos. De veinte grutas decoradas, ocho pertenecen a España. Aquí también aparece la mano de hábiles artistas que no se contentaron con grabar el perfil de los animales y del hombre sobre las paredes de las rocas sino que se sirvieron del color rojo, amarillo o negro para dar realce a sus cuadros. Diferentemente de las cavernas de la Dordoña donde están representados animales extinguidos (como el mamut), en las grutas de los Pirineos y de España están pintados principalmente el bisonte y el caballo.

La reproducción en colores hecha con gran lujo tipográfico de estas pinturas por Cartailhac y Breuil, nos pone en condiciones de admirar las pinturas de la caverna de Altamira. El

bisonte, como dibujo y colorido, produce una impresión profunda por el realismo de la actitud y el estudio irreprochable de lo verdadero. Difícilmente puede uno persuadirse que estas obras maestras pertenezcan a la época neolítica como sostienen los autores del libro. Sobre los orígenes de este arte hay dos opiniones: muchos lo tienen por autótono; otros lo hacen derivar del Oriente. Se admitió en un principio que el pueblo de estos grandes artistas fuese una raza cuaternaria, y ahora se ha reconocido que fué un pueblo neolítico y ya no se lo cree autótono.

Las dificultades que se presentan en este estudio arqueológico dependen estrechamente de la geología, porque el haber vivido estos artistas primitivos al mismo tiempo que el mamut y el reno, les dió una calificación tan remota al punto de hacer de ellos una raza especial del Occidente, lo que parece que no es.

#### IV

##### *El clima de la Europa prehistórica*

No es necesario ser geólogo para saber que hubo una época glacial y que Europa tuvo un clima tan frío que los hielos de los Alpes bajaron hasta tocar el Po. Las morenas antiguas se extienden lejos a los pies de los Alpes, especialmente sobre la ladera suiza, ocupando vastos territorios, donde ahora ya no llegan los heleros. Y así, en la Europa del norte había una gran masa de hielo que llegó con sus morenas hasta cerca de la Selva Negra y de los bosques de Turingia. Uno de los espectáculos más grandiosos en los Alpes anteriores, comenzando por el valle de Susa, son los rastros del último período glacial. Saliendo del valle de Aosta se ve una de las más hermosas morenas que existen en Europa (la llamada Serra), de varios kilómetros de largo, de una perfecta regularidad, en línea descendente hacia el Mediodía; y por todas partes, a varios kilómetros del lago de Orta, del lago Mayor y del de Varese, hallamos las morenas terminales de los heleros prehistóricos.

Las plantas y los animales sufrieron la influencia de estas profundas variaciones del clima. En los terrenos cuaternarios los geólogos distinguieron cuatro épocas glaciales y el hombre

estaba presente a estas profundas modificaciones del clima. Las plantas meridionales avanzaban hacia el norte cuando los heleros se retiraban; y las alpinas invadían los países meridionales, sobreponiéndose a la flora de los países cálidos, cuando los heleros avanzaban. Fué un vaivén que se repitió cuatro veces; se lo ve por los restos de las plantas meridionales y se lo deduce de la fauna. Cuando acaecía otro recrudecimiento del clima y los heleros volvían a extenderse, las plantas tomaban de nuevo un aspecto polar; crecían los animales más aptos para la vida en los países fríos y los animales boreales bajaban hacia el Mediterráneo.

Las tumbas, que lo mismo que los huesos de reno, contienen ocre rojo, atestiguan ser contemporáneas, pero no sabemos si son anteriores a las otras neolíticas de Europa. Del reno se encontró algún hueso en las cavernas ligures, y por la presencia del mar no puede admitirse que allí la temperatura fuese glacial. Como quiera que sea, el reno antes de extinguirse y desaparecer de la Europa meridional, debe de haberse habituado a un clima más suave que aquel donde vive actualmente.

Los continuos y profundos cambios que sufrió la temperatura de Europa antes de que se estableciesen las condiciones de equilibrio que duran hasta hoy, nos explican por qué junto con las especies de animales extinguidos, que ahora sólo se encuentran en los países meridionales (como el león, el hipopótamo, el rinoceronte, el elefante, etc.), vivían en la Europa central animales de las regiones frías, como la marmota, el reno, etc. Lo mismo debe decirse del mamut, si desapareció no fué porque le faltase frío, pues vivió en Siberia donde fué hallado intacto entre los hielos, y sin embargo su especie se extinguió después de haber habitado Europa y el Asia septentrional. Hubo pues otros factores que hicieron degenerada e infecunda esta especie. Tenemos la contraposición en el hecho que el rinoceronte y el elefante vivieron en el clima glacial de Europa.

Los animales en circunstancias particulares, como hace notar Darwin, tienen una gran flexibilidad de constitución y pueden habituarse a climas extremos, pero a la larga sucumben y sólo prosperan en el clima más adecuado a su temperamento. En cambio, los animales domésticos soportan climas más diversos, permaneciendo igualmente fecundos.



Como indicio cronológico, no se debe pues dar importancia a la presencia del mamut y del reno que pueden haber resistido a un clima poco distinto del actual, hasta que gradualmente se extinguieron.

Un hecho impresionante es la semejanza de las estatuillas femeninas más antiguas de Francia con las neolíticas de Creta y Egipto. Que sean solamente mujeres sin brazos, aplastadas y esteatopigias, no puede ser cosa accidental. La cintura, el modo de peinarse de algunas estatuas neolíticas de Francia, el hallarse en las tumbas el mismo color rojo de hierro, con los guijarros y conchas que servían para molerlo a fin de teñirse la piel, los signos de la escritura mediterránea primitiva y muchas otras circunstancias que omito por brevedad, convencen aun a los más refractarios, que el arte y la civilización de la Francia Meridional no son autóctonos, sino que aun las ramas más antiguas, forman parte del árbol genealógico de la civilización neolítica.

Hay ahora una tendencia decidida a rebajar la época de los primeros documentos artísticos de Francia. Basta citar a Sophus Müller que los hace descender hasta cinco o seis mil años antes de Cristo. Los arqueólogos franceses no están todavía del todo decididos a renunciar a esta precedencia suya en el campo del arte. Los hilos que envuelven el mundo neolítico se vuelven siempre más evidentes y el centro primitivo del arte ha sido trasladado hacia el Occidente, quedando el hecho inconcuso que ningún pueblo se acercó a la maestría de los franceses al principio de la edad neolítica. Cuatro o cinco mil años antes de Cristo los egipcios habían inventado ya la escritura; pero la edad neolítica de Egipto y de Creta es sin duda anterior en varios milenarios. Por esto King y Hall admitieron que en la época glacial, cuando vivía el mamut en Europa, estuviesen ya habitadas por el hombre las márgenes del Nilo y el alto Egipto. De igual parecer es Sergi, de tanta autoridad en la historia de la Europa prehistórica, quien escribió que era «posible el origen africano del arte en la escultura, en el grabado, como se ve en las grutas de Francia y en los otros yacimientos europeos».

*El arte neolítico occidental*

El clima en las épocas prehistóricas, fué menos frío en Italia, y sólo cerca de los Alpes encontramos rastros de los períodos glaciales. Tal diferencia en el clima entre Italia y los países transalpinos hace difícil la confrontación cronológica de nuestro período neolítico con el de la Europa central: pero esto no excluye el reconocimiento de una inferioridad en los productos artísticos de Italia comparada con Francia y España. La habilidad que desplegaron los escultores de estos últimos países fué maravillosa. La observación fiel y el estudio de la naturaleza son la característica de esta escuela primitiva, en la cual dibujantes insuperables sorprendieron el realismo de las actitudes en los animales que les sirvieron de modelos. Las grutas con las paredes pintadas se encuentran en su mayor parte a lo largo del valle de la Vezere, en el lugar llamado la Magdalena, donde fueron descubiertas las esculturas de marfil, de hueso y de piedra.

Sucedió para el arte occidental lo que se verificó en muchos capítulos de la paleontología, que descubierto un primer fondo, éste se ensancho a medida que se extendían las investigaciones; y así vimos la civilización de la Magdalena llegar hasta el norte de Francia y penetrar en Bélgica. Suiza, entre otras cavernas, cuenta con la de Kesslerloch, cerca de Schaffhausen, donde se encontró grabado un reno que paca (que todos consideran como uno de los mejores dibujos que haya producido la edad de la piedra), junto con imágenes de caballos, ciervos y otros animales, grabados con gran naturalidad sobre cuernos de reno. También en Austria, en Brünn, se hallaron esculturas hechas sobre colmillos de mamut, iguales a las de Francia. No fué una región limitada la cuna de los artistas de la edad del reno, y el reino del arte se extendió a gran parte de la Europa central: pero el florecimiento de este arte primitivo no llegó a este lado de los Alpes. Eran tribus de cazadores que vivieron en un clima frío y probablemente no hacían otro comercio que el de las armas de piedra.

Ignoramos las causas que extinguieron esta civilización sin que haya dejado herederos. La edad de los metales es muy posterior y en ésta el movimiento se propaga del Mediodía hacia el Norte. Pero no debemos olvidar que tales conocimientos sólo tienen un valor relativo y que de un momento a otro nuevas excavaciones pueden modificar la prehistoria. Basta recordar lo que sucedió para las espadas. Virchow había notado con maravilla que en el Oriente faltaban las espadas; era éste un argumento favorable para demostrar que la civilización había bajado del norte: pero pocos años después en Micenas y en Creta se encontraron las espadas más antiguas; y en los museos de Atenas y de Candia hay ahora dos espléndidas colecciones de espadas que son la admiración de los artistas y de los arqueólogos por los trabajos de cincel y de esmalte sobre hojas de bronce, por las esculturas que adornan con finos grabados las empuñaduras de marfil y de oro. Hoy parece que las poblaciones artísticas transalpinas sean más antiguas que las que vivieron en Italia y en Grecia: pero puede sobrevenir un descubrimiento que invierta estas relaciones y pruebe, como parece más probable, que son más antiguos los pueblos meridionales.

El desarrollo del arte en Francia, en España, en Creta y en Egipto, indica un origen común del arte, porque también en Francia la escultura con la reproducción completa de las formas, precedió el grabado en la representación del hombre y de los animales. Las estatuas son también en Francia todas mujeres; iguales los vestidos, la disposición de los cabellos sobre la cabeza, la cintura, la falta de brazos, y las mujeres esteatopigias están mezcladas con las mujeres normales.

Las figuras en la época del reno presentan una estilización, según el abate Breuil, con una simplificación progresiva de las formas tal que el perfil de algunos animales empleados como decoración, acaba por volverse irreconocible. Esta degeneración se observa también en los grabados sobre rocas de los Alpes marítimos estudiados por Issel, donde están representados animales bovinos. Los paleontólogos están de acuerdo con Reinach para considerar tal estilización como efecto de las manifestaciones religiosas. Si fuese cierta esta hipótesis, tendríamos un nuevo lazo entre el arte oriental y el occidental en las representaciones de los animales con fines sagrados.

El hecho de que en el Oriente clásico no se encuentre un cuadro que represente tan fielmente una gran colección de animales como el que se descubrió en la caverna de Altamira (en la provincia de Santander en España) queda como un misterio en la historia del arte. Que tal monumento esté en una región rica en minerales y poco alejada de las orillas del Atlántico, hace suponer su relación por la vía del mar con otros centros artísticos que todavía no han sido descubiertos. Como quiera que sea, ni siquiera los artistas griegos de la mejor época mostraron igual talento al copiar animales: hay bisontes que saltan y caballos que galopan en las pinturas de Altamira, que son modelos insuperables de realismo. El perfil dibujado con maestría fué completado por medio de la coloración políeroma, donde se ven los golpes del pincel y las raspaduras para dar realce con retoques más claros, o para señalar mejor una parte del cuerpo. El hecho de que estas decoraciones estén pintadas en lo alto de la cúpula de la caverna, hace más poéticas estas manifestaciones del arte que parecen inspiradas por el sentimiento religioso.

---

# Historia de la Filosofía

---

(Continuacion. Ver Nos. 39-42)

## 8) *La filosofía escolástica*

Con el neo-platonismo se declara la filosofía antigua en bancarrota e, impotente para resolver racionalmente los problemas filosóficos, recurre a una solución mística. Pronto se derrumba también el ambiente donde actuaba: el imperio Romano, en decadencia progresiva que arranca ya de los últimos tiempos de la república, se despedaza a los golpes de los invasores bárbaros, los germanos del norte y los árabes del sur. Sólo el imperio Romano Oriental, el Bizantino, se conserva todavía 1000 años más y con él el recuerdo de la antigua civilización, pero sin adelantar más en nada.

En el oeste produce la invasión de los pueblos bárbaros un enorme retroceso de la cultura humana y sólo poco a poco, en un trabajo lento de siglos, logran los conquistadores de Roma asimilarse la civilización clásica que recién en los tiempos del Renacimiento surge otra vez con todo su esplendor.

A la investigación filosófica imprimen las concepciones religiosas del cristianismo nuevos rumbos y se desarrolla una filosofía enteramente distinta de la griega, la *filosofía escolástica*. La primera era libre, sin sujeción a dogma alguno y buscaba la verdad sin conocerla. En la Edad Media en cambio la filosofía es una servidora de la teología; la verdad está en los dogmas, los cuales trata de probar la filosofía por medios racionales con el sistema usado en las matemáticas, q. d. formulando primero lo que había que probar. En la filosofía griega hay pues libertad del dogma, en la escolástica imposición del dog-

ma. El problema ontológico lo resuelve la Edad Media por el dualismo: el mundo es el mal, el mundo trascendental más allá de la vida, el bien; el lógico por el silogismo reformado por la escolástica, pero siempre con la base de la revelación de los dogmas establecidos e intangibles. Sin embargo no se debe creer que estos mil años de la Edad Media hayan sido de tranquilidad absoluta; al contrario, había una actividad intelectual muy grande; pero la lucha de las diversas tendencias se libraba dentro de las condiciones del dogma, pues el heterodoxo se exponía a la persecución, también física de la Iglesia.

En los primeros años del cristianismo se prescindía por completo de la filosofía. Luego se buscaron argumentos para probar racionalmente los dogmas y la escolástica pasó en el curso de los tiempos por las siguientes tres fases:

1º Cree que los dogmas pueden explicarse racionalmente;

2º Con Tomás de Aquino se efectúa una división: hasta cierto punto se pueden explicar los dogmas, pero hay dogmas superracionales.

3º Los dogmas son materia de la fe; la filosofía no puede explicarlos.

En la 1ª época predomina la influencia platónica. A la afirmación de ideas platónicas se llega por conceptos universales. Se supone que las «Universalía» tienen existencia fuera de las cosas: *Universalis sunt ante rem*. (Anselmo de Canterbury, 1033-1109).

En la 2ª época Tomás de Aquino (1225-1274), bajo la influencia de la doctrina Aristotélica, propagada por los árabes, modifica el concepto platónico y se acerca a Aristóteles: *Universalis sunt in re*.

Finalmente surge la tercera fase, el nominalismo: *Universalis sunt post rem; sunt nomina* (Guillermo de Occam, † 1347). Con el advenimiento del nominalismo pierde la escolástica su objeto y termina en la teoría de la doble verdad: «Algo puede ser verdad en religión y no en filosofía y viceversa.» Esta teoría, cuya sede principal era en el siglo XIII la Universidad de París, constituyó naturalmente sólo un subterfugio: El hecho era que la filosofía había llegado a verdades filosóficas diferentes de las dogmáticas.

Concurrieron también otros factores a acelerar el fin de la escolástica: un fenómeno religioso ante todo, el *misticismo*. Los místicos, con el sentimiento de su fe, juzgan superflua la demostración de los dogmas, y hasta dañino que la religión estuviera supeditada a la razón. El místico se identifica con su dios y su mejor representante Francisco de Asís llega a confundirse con la naturaleza y dios, es por consiguiente pan-teísta. Otro místico, Nicolás de Cusa (1401-1464), «el primer pensador moderno», llega a la conclusión de la «*docta ignorantia*» y de la indemostrabilidad de los dogmas; coincide pues con los nominalistas, siendo místico.

A esto se une el cambio de la sociedad. En la Edad Media predomina la nobleza y el clero. La filosofía está en poder del clero. Pero lentamente se forma una capa burguesa que mejora sus condiciones económicas; esta clase social corresponde a intereses distintos de los del clero.

Para los escolásticos no había más idioma que el latín y así sólo los eruditos podían alcanzar la ciencia. Cuando ésta se vulgariza en los idiomas populares, los romances, empieza una emancipación. También el horizonte físico se agranda para el hombre y los viajeros, cuya serie comienza Marco Polo, traen noticias de altas civilizaciones completamente distintas de las conocidas hasta entonces. Las cruzadas, por su parte, también influían en este sentido. Se inventa la brújula y hay otros grandes descubrimientos, sobre todo el de la imprenta. Hasta entonces se podía estudiar solamente en las universidades y conventos donde había nutridas bibliotecas y colecciones de documentos. La invención de la imprenta es lo que permite la divulgación de los conocimientos.

La nueva capa social es laica y prepara el Renacimiento. Este nombre es convencional y muestra sólo una fase de este desarrollo ya preparado, un detalle: el renacimiento del amor a los estudios clásicos.

### 9.) *La filosofía del Renacimiento*

El Renacimiento se inicia lentamente y no termina de un modo brusco; su principal desarrollo está en los siglos XV y XVI y su apogeo entre los años 1450-1550. El punto de par-

tida es Italia. Ahí estaban reunidas las condiciones para que se produjera el gran movimiento. Ahí había un contacto continuo con el imperio bizantino, ciudades grandes y ricas, y ahí se perfecciona primero el idioma nacional con Dante, Boccaccio y Petrarca. En Italia se refugiaban también muchos sabios griegos huyendo de Bizancio que amenazaban conquistar y conquistaban finalmente en 1453 los turcos.

Uno de ellos fué el platónico Gemistos Plethon (1355-1452) que encabezaba la reacción contra el Aristotelismo, abriendo en Florencia bajo la protección de Cosme de Médicis una *academia Platónica*. Su primer presidente era Marsilio Ficino y los miembros de esta doctrina tomaron con ardor religioso la defensa de Platón. La enemistad contra Aristóteles adquiría formas tales que parecía que Aristóteles fuera un personaje contemporáneo.

Entre los Aristotélicos mismos surgieron divergencias y se trataba de interpretar a Aristóteles de una manera distinta de como lo hicieron los escolásticos, entre ellos ante todo Tomás de Aquino. Se formaban corrientes opuestas, de las cuales recordaremos como principales los *Averroistas*, con tendencia místico-panteísta, que interpretaban a Aristóteles según el filósofo Averroës, un árabe de Córdoba (1126-1198) y que tenían su baluarte en la universidad de Padua, y los *Alejandristas*, con tendencia deísta-naturalista, que se basaban en la interpretación del griego Alejandro de Aphrodisias. Su sede principal era la universidad de Bologna. Unos y otros eran heterodoxos. Según el primero de los Alejandristas, Pomponatio p. ej., el alma no es inmortal y desaparece en su individualidad al desaparecer el cuerpo. Los Averroistas solían llegar a conclusiones panteístas: que el alma pertenecía al alma universal de las cosas y desaparecido el cuerpo, acababa el alma. Ambos se apoyaban en la «doble verdad» para evitar conflictos con la Iglesia.

Pronto se agregaron a estos sistemas las otras doctrinas filosóficas de la antigüedad: la *estoica*, cuyo representante principal fué Justo Lipsius, la *epicúrea* que renovaba Pierre Gassendi, y la *escéptica*.

Otros por su parte querían emanciparse de la filosofía griega. Observaban la naturaleza y formaban una filosofía



naturalista, tomando los conocimientos empíricos existentes y apropiándose de los progresos de las ciencias naturales para la filosofía. Teóricamente afirmaban la necesidad de la experiencia, aunque prácticamente no se apartaban mucho de la filosofía griega. Al fin llegan al panteísmo, como *Giordano Bruno* (1548-1600). Según él no hay más que un principio inmanente; pero como un sólo principio no podía explicar todos los fenómenos establece por primera vez la teoría de las mónadas que aparece más tarde otra vez con Leibniz. La trinidad la reduce a los tres atributos: Poder, sabiduría, amor; niega la divinidad de Jesús. Su exposición es más bien poética, su obra, de imaginación.

En frente de tal cantidad de teorías tuvo que sobrevenir fatalmente el *escepticismo*, como había surgido con los sofistas en la época pre-socrática. Tiene representantes de gran importancia como *Michel de Montaigne* (1532-92), el espiritual hombre de mundo que profesaba un escepticismo elevado, apartándose de discusiones inútiles, *Pierre Charon*, *Luis Vives* y *Francisco Sánchez*. Al desarrollo de este estado de ánimo contribuían las tantas sectas religiosas que pretendían todas tener la verdad, naciendo así también el escepticismo religioso.

Con todo, había falta de sinceridad en el desarrollo de estas teorías; porque lo que caracteriza ante todo la época es una exageración de la libertad individual; la autoridad estaba minada; en política triunfa el perfecto egoísmo sin restricciones. El único sincero que pinta la situación real es *Niccoló Machiavelli* (1469-1527). Su teoría es amoral, pero está vinculada a altos ideales; señala a su príncipe un alto propósito: la unificación de Italia, aunque los medios que indica sean ilícitos. Hay que tener presente la época en la cual hasta los pontífices llevaban una vida harto amoral.

El escepticismo tampoco se impuso porque es una posición negativa y el espíritu humano lo rechaza. El desenlace del Renacimiento fué una reacción; al período tan agitado sigue una *contrareforma* que trata de volver a los propósitos de la Edad Media, lo que naturalmente tampoco era posible porque las circunstancias habían cambiado. Ante todo había una literatura y una ciencia laicas y las condiciones económicas eran completamente distintas. La autoridad había sido socavada en el Re-

nacimiento; la reacción fué a reponerla en todos los órdenes. El nombre de contrarreforma no puede tomarse al pie de la letra, pues no era solamente una lucha del catolicismo contra el protestantismo y hasta se producía también en los países protestantes.

El pueblo menos conmovido por el Renacimiento era España. Hubo también humanistas, como Luis Vives, un verdadero precursor de Bacon, y Francisco Sánchez, pero después de 1550 se retorna a la escolástica. *Francisco Suárez* es allí el verdadero renovador de la escolástica, cuyos principales sostenedores, los jesuítas, ganan una gran influencia, sobre todo en la enseñanza.

En el sentido político, la reacción crea el absolutismo y acaba con los últimos restos del feudalismo, formándose grandes estados como Francia, España e Inglaterra.

Vemos pues a fines del siglo XVI en el orden filosófico como doctrina dominante al dogmatismo y al escepticismo. En ese momento y bajo tales circunstancias nace la filosofía moderna.

## LA FILOSOFIA MODERNA

El advenimiento de la filosofía moderna, a principios del siglo XVII, es el último retoño del gran movimiento regenerador del Renacimiento que había revolucionado una tras otra las más diversas esferas de la actividad intelectual humana. En los primeros decenios del siglo surge Bacon, hacia la mitad del mismo Descartes, los dos filósofos que debían encabezar las dos corrientes paralelas del pensamiento filosófico moderno.

La filosofía del siglo XVI había llegado al dogmatismo y al escepticismo. El dogmatismo, impuesto en la contra-reforma por el Estado y la Iglesia aliados, no pudo destruir, sin embargo, el principio del libre examen que había prevalecido en el Renacimiento y que trata de resurgir en la filosofía. Tampoco pudo impedir el estudio científico de la naturaleza cuya necesidad se había proclamado en Italia ya en el siglo XVI, aunque en forma más bien teórica y poética. En el siglo XVII se refuerza esta tendencia. Los nombres de Kepler, Galilei y

Newton por sí solos bastarían para llenar el siglo! Este desarrollo de las ciencias exactas contribuye a dar a la filosofía una orientación determinada y precaverla de divagaciones mentales.

No satisfaciendo a los intelectuales ni el dogmatismo ni el escepticismo, ya que es una posición negativa, se imponía otra vez el problema lógico. ¿Cuál es y dónde está la verdad? Así se inaugura la filosofía moderna con dos obras sobre el método: El «Novum Organon» de Bacon y «Le discours de la méthode» de Descartes. Ambos se plantean el mismo problema, pero lo resuelven en sentido opuesto. El primero se apoya en la experiencia, el segundo en la razón y de sus obras surgen dos orientaciones distintas cuyo desarrollo ha seguido paralelamente: La escuela *empírica* (inglesa) que arranca de Bacon y la *racionalista* (francesa) que proviene de Descartes. Ambas escuelas tuvieron representantes de gran mérito. A Bacon siguen Hobbes, Locke, Berkeley y Hume; a Descartes Espinoza, Malebranche, Leibniz y Wolff. La filosofía francesa del siglo XVIII, la Enciclopedia, con sus principales representantes Montesquieu, Voltaire, Diderot, D'Alembert, Condillac, Lamettrie, Helvetius y Rousseau se apoya en elementos de las dos tendencias agregando muchos conceptos nuevos. Finalmente surge Kant que ocupa en la filosofía moderna una posición central, como Sócrates en la griega. En él culmina la escuela racionalista, si bien deriva a la vez de Hume y de Rousseau como de Leibniz y de Wolff, es decir, de tendencias distintas entre sí. Su filosofía es el resultado de los impulsos más importantes del movimiento filosófico de toda la época moderna. Señala el fin de una evolución y el principio de otra nueva.

## 10.) RENE DESCARTES

(1596-1650)

Descartes, representante de una familia distinguida y rica, fué educado en el famoso colegio de La Flèche, dirigido por los jesuitas, ambiente sin duda favorable al movimiento de la contra-reforma que trataba de ahogar los impulsos que

había dejado el Renacimiento con la vuelta al dogmatismo medieval. Sin embargo, Descartes no quedó satisfecho con la enseñanza de sus maestros; al contrario, después de terminar sus estudios, se penetró de la insuficiencia de los conocimientos adquiridos y pensó que en nada lo ayudaban para resolver muchas dudas de su espíritu. Gran cultivador de las matemáticas, pensó que sus aplicaciones deberían elevarse por encima de la mecánica y, dominado por la evidencia y certeza de sus conclusiones, buscó el medio de aplicarlas al conocimiento de la verdad que suponía única.

Las ideas de Descartes que en su conjunto constituyen lo que se denomina el «Cartesianismo», están expuestas fundamentalmente en su obra «Le discours de la méthode».

Afirma Descartes que al dedicarse a la filosofía no tiene en vista ningún interés material, queriendo demostrar así su completa independencia de espíritu. Efectivamente con Descartes y Bacon aparecen hombres que representan una capa social distinta de la del clero que durante la Edad Media había monopolizado la filosofía. Este fenómeno está ligado con la evolución económica y era necesario para que la filosofía moderna se acercase a la griega en cuanto a abordar los problemas con entera libertad. La filosofía de la Edad Media era una servidora de la teología. Francisco Suárez que era jesuita decía que la filosofía tenía que ser cristiana. Esta dirección dominaba en las universidades. Pero ninguno de los filósofos modernos hasta Kant ocupó una cátedra universitaria y la filosofía de Descartes no era la filosofía directriz de la época. Representaba, al contrario, un acto revolucionario, no tanto por las conclusiones a que llegaba, como por su convicción de poder alcanzar la verdad por medio de la razón sin ayuda de la revelación, y tuvo que luchar para imponerse. Descartes está caracterizado por su oposición a las direcciones intelectuales de su época, pero como hombre de mundo disimula muchas veces sus ideas para no crearse conflictos con las autoridades.

Para obtener en su filosofía consecuencias indudables como las de las matemáticas, toma Descartes la geometría y el álgebra y quiere agregarles la lógica. Su raciocinio descansa sobre el método deductivo, pero sin embargo no desconoce la im-

portancia del inductivo, aunque en realidad esquivaba su aplicación. Critica el silogismo por sus sutilezas, pero no le hace el cargo principal de que no puede dar más de lo que contiene la premisa. Su espíritu no está constituido en sentido empírico; no cree que la verdad puede surgir de una premisa encontrada empíricamente y su crítica del silogismo es solamente formal.

Cree que por medio de sus cuatro reglas: evidencia, análisis, síntesis por inducción y enumeración completa, pueda llegar a la verdad absoluta; para él existe una sola verdad y afirma su convicción de poderla alcanzar. Las verdades a que pretende llegar deberán ser iguales en evidencia a las verdades matemáticas. Descartes no ve que las verdades matemáticas están en el caso del silogismo: no dan ninguna novedad, ningún hecho nuevo; carecen de contenido y su evidencia es ilusoria. Antes de afirmar nada, resuelve dudar de todo y quiere sacar de nuestro espíritu todos los prejuicios. La duda cartesiana tiene antecedentes. Sócrates también fingía ser ignorante acerca de lo que intentaba dilucidar. Pero la ignorancia socrática era irónica; él no estaba convencido de que ignoraba todo. No así la duda cartesiana. Tal vez Descartes no se había despojado de todas sus convicciones como lo afirma; de ahí su preconcepto de una verdad absoluta y su convicción de que la razón humana pueda alcanzar la verdad; también supone que el concepto de causa es aplicable en todos los casos. Recién más tarde con Hume aparece la verdadera duda escéptica; la de Descartes es solo una preparación.

Dudando de todo no tiene Descartes punto de partida para establecer la verdad; no puede plantear premisas y emplear el silogismo. Pero tiene la conciencia de una actividad psíquica y plantea la cuestión así: «Pienso, luego existo», afirmación que es el fundamento de toda especulación filosófica. Penetrarse bien de esta verdad es la única manera de salir del realismo ingenuo para penetrar resueltamente en el campo filosófico. Lo grave es que este hecho es un tanto estéril. Descartes mismo tendrá más tarde que hacer esfuerzos inauditos para abandonar esa posición que lo lleva al *idealismo subjetivo*. Admitiendo como verdadero todo lo que pasa en nuestro espíritu se llega al «solipsismo»; es decir, a conside-

rar que nada verdadero existe fuera de nuestro Yo. La conclusión es así absurda: Sólo lo que yo pienso es lo que existe; los demás seres y cosas, fuera de mí, no existen. Sin embargo es la conclusión a que han llegado muchos filósofos: Ese Yo es el Yo universal, concentrado en mí; todo el universo material resulta una ficción; pero también mi Yo, único distinto de todos los demás, es igualmente una ficción. Los alemanes, principalmente Fichte, han tratado de solucionar la cuestión por medio de transiciones; es así que puede considerarse el Yo individual como una manifestación del Yo universal. No fué aceptado el propósito de Descartes. No imaginaba que él sólo existiera ni pensaba negar la existencia de todo lo demás. Tomaba la afirmación del contenido de nuestra conciencia, de la existencia del Yo, que es el rasgo característico de la filosofía moderna, tan sólo como punto de partida cierto para explicar la verdad del universo.

Comprendiendo que todos sus pensamientos se reducen a dudar y que conocer es más perfecto que dudar, infiere su propia imperfección. De ahí se eleva directamente a la idea de Dios que es lo perfecto. Lo lleva a la idea de Dios también la necesidad de una causa. Descubierta la existencia se pregunta: ¿De dónde viene? Siendo imperfecta ha de provenir de algo perfecto. He aquí planteada la idea de causalidad. Dios es la segunda verdad que reconoce. Descartes sale de sí mismo y se eleva a la causa, a la divinidad. El racionalismo ha asegurado que la idea de Dios es *a priori*. Descartes descubre la idea de causa, la de referir su existencia, a una anterior. La afirmación de una causa primera es arbitraria porque el eslabonamiento de causas es ilimitado. La idea de causa tiene algo de común con la de tiempo y de espacio, pues son también infinitas. Concediendo a Descartes el derecho de cortar el eslabonamiento de causas, nos encontramos con que este concepto es formal y no tiene contenido. Siempre se ha intentado darle un contenido concreto con los caracteres más distintos. Los primeros jónicos imaginaban una sustancia tangible: es materia. Heráclito dijo que era energía. Podemos llamarla Logos, razón universal, idea como Platón, voluntad, cosa en sí como Kant. La tendencia primitiva es personificarla en un concepto amplificado del hombre y tenemos así el concepto antro-

pomórfico. A la idea de Dios vinculamos la idea de personalidad. Esta era la idea de Descartes. A pesar de su duda no la había eliminado, creía en Dios. De la imperfección propia deduce la idea de un ser perfecto. De la sola idea de Dios se desprende ya su existencia, pues Dios involucra la existencia eterna y necesaria. No podemos representar a Dios porque la posibilidad de representar rige sólo para el mundo sensible. Los conocimientos sensibles no pueden reemplazar a los inteligibles y la existencia del mundo externo es menos segura que la de Dios. Siendo Dios perfecto, es verdadero. Entonces las ideas que nos presenta del mundo externo son verdaderas porque el ser perfecto no nos puede engañar. El mundo físico existe pues tal cual lo vemos. Si su noción es confusa, es debido a nuestra imperfección. También nuestros sentidos pueden engañarnos, pero debemos guiarnos por la evidencia de nuestra razón. En las meditaciones donde trata Descartes del error, lo vincula al mal uso que hacemos de nuestro libre albedrío al juzgar con precipitación sobre lo que no hemos distinguido claramente.

El sistema de Descartes termina en un dualismo: el antiguo dualismo aristotélico de la materia y del espíritu. Al analizar el mundo material ve que es susceptible de cambiar y modificarse; pero en algo persiste que es lo característico de todo material: la extensión. Despojando la materia de todo lo que puede modificarla queda el concepto de algo extenso. Si la despojamos también de esto, ya desaparece el concepto de la materia. El espíritu se distingue de la materia porque le falta el carácter de extensión.

Su teoría metafísica a la cual se vincula ahora principalmente su nombre, no parecía, sin embargo, originariamente al mismo Descartes tan importante como sus investigaciones naturalistas y matemáticas que él tenía por su mayor título de gloria.

Es Descartes el fundador de la interpretación mecánica del universo. Suyo es el concepto, entonces nuevo, de que los fenómenos del universo están regidos por leyes fijas e inmutables.

También se ocupó de problemas fisiológicos y al decir que los animales eran como máquinas quería expresar que las fun-

ciones del organismo se desarrollan en una forma ya determinada y obedeciendo a leyes. Pero Descartes no se animó a aplicar este concepto también al hombre y dice que el organismo humano es un mecanismo más complicado: además de las funciones forzosas tiene un alma racional que los animales no poseen. Vincula los estados de ánimo a ciertos estados fisiológicos y supone que al fenómeno psíquico lo acompaña un fenómeno físico. El alma está en el cerebro y algunos llegan hasta a interpretar su teoría en el sentido de que creía que la glándula pineal era el asiento del alma por su posición central y por ser única. No se pudo pues emancipar Descartes del error antropocéntrico que supone que el hombre es un ser excepcional y la naturaleza está subordinada a él.

El error geocéntrico que supone que la tierra es el centro del universo y que los planetas dependen de ella, ya había sido conocido en la época de Descartes. Copernico había desalojado esta teoría por la heliocéntrica. Le siguieron Kepler y Galilei, contemporáneos de Descartes. Al ser declarada heterodoxa la teoría de Galilei, se intimidó Descartes que se daba bien cuenta del error geocéntrico, pero que no se atrevía a declararse abiertamente partidario de este concepto por temor a un conflicto con la Iglesia. Creó entonces una transigencia en el punto cardinal de la discusión que era si la tierra se mueve o no. Decía que los astros nadan en un éter; este tiene torbellinos que mueven la tierra pero ella misma no tiene movimiento propio. Esta idea persistió bastante tiempo en Francia y cuando en el siglo XVIII, después que Newton había dado una certidumbre científica a la concepción de Galilei con su ley de la gravedad, la trajo Voltaire a Francia, le fué reprochado como falta de patriotismo querer desalojar las ideas de sabios franceses por las de ingleses. Aunque no se puede poner a Descartes en una fila con Copérnico, Kepler, Galilei y Newton, contribuyó sin embargo a destruir las viejas teorías ptolemaicas, a pesar de que su personalidad en este sentido no es tan importante.

Como matemático, finalmente se debe a Descartes la fundación de la geometría analítica y como físico un notable tratado de óptica.



Vemos siempre en filosofía que cada solución de un problema plantea algunos nuevos. Así también Descartes dejó sin solución una serie de problemas. Del dualismo cartesiano nacen las dificultades posteriores del racionalismo.

En la evolución del racionalismo hay dos conflictos: uno externo entre el racionalismo y el empirismo que gira en torno de las ideas ingénitas, y otro interno que se plantea sobre la explicación de la mutua influencia de las dos sustancias heterogéneas, espíritu y materia.

La oposición en el racionalismo y el empirismo está en que Descartes tiene que admitir concecimientos ingénitos, verdades *a priori*, mientras que Bacon reconoce solamente verdades *a posteriori*. Si se afirma que hay ideas ingénitas en nuestro espíritu podemos aceptar como verdaderas las conclusiones superiores al mundo físico, esto es, metafísicas; si se niega en cambio su existencia, no podemos salir de la experiencia y no hay metafísica. Para el empirismo sólo existe el mundo sensible, para el racionalismo también el inteligible. Para conocer lo inteligible es preciso que nuestra razón esté habilitada para ello. Para los racionalistas todo lo que derive de la experiencia es hipotético, con un valor relativo, y no reviste el carácter de necesidad. En cambio hay conclusiones que no podemos poner en dudas; las matemáticas, por ejemplo, revisten carácter de necesidad teniendo o no origen empírico. El racionalismo afirma una de estas verdades más importantes: todo efecto reconoce una causa. Es una afirmación que no podemos poner en duda y si aceptamos que es apriorística, estamos habilitados para podernos independizar de la experiencia: podemos hacer metafísica. Pero si decimos que proviene de la experiencia más o menos lejana estamos dentro del radio de los fenómenos físicos. El racionalismo de Descartes se basa en que estas verdades son superiores a la experiencia. Induce así el racionalismo al estudio de la metafísica; el empirismo al estudio de la cosmología y de la psicología. No es, con todo, nueva esta concepción cartesiana, sino en el fondo se remonta ya a Platón que negaba el carácter de verdad a lo que nos transmiten los sentidos y que es variable. Según él el objeto de la ciencia está en lo eterno, no en lo efímero y hay verdades en nuestro espí-

ritu que han existido antes de nuestra existencia en este mundo.

Otro importante punto de controversia entre las dos direcciones fundamentales de la filosofía moderna, está en la solución que dan al problema lógico. El método cartesiano es deductivo: de los principios generales deduce Descartes conclusiones referentes al hombre y a la naturaleza. Bacon, en cambio, usa el método inductivo: recoge datos singulares e induce reglas generales, tratando de llegar al origen de los fenómenos. Descartes, después de descubrir el sujeto, se eleva a Dios y de la afirmación de Dios deduce otras consecuencias; Bacon parte de los hechos naturales para llegar a Dios. Para el primero Dios es el punto de partida, para el segundo el de llegada.

El conflicto interno del racionalismo, sobre la relación entre espíritu y materia, se soluciona de tres maneras: Por el ocasionalismo de Geulinx y Malebranche y la teoría de la armonía preestablecida de Leibniz, ambas doctrinas ortodoxas, y la teoría heterodoxa de Espinoza, esta tercera la única viable.

*Arnould Geulinx* (1625-69) afirma que los fenómenos materiales se realizan con ocasión de los psíquicos. No hay influencia directa, pero Dios ha dispuesto las cosas de tal manera que cuando en nuestro espíritu hay una tendencia, se verifica el movimiento fisiológico ocasionalmente. Ni el cuerpo es la causa de la sensación consciente en el espíritu, ni la voluntad que se origina en el alma la causa inmediata del movimiento, sino la excitación en el cuerpo y la voluntad interna son solamente causa ocasional para Dios para producir una sensación en el alma o un movimiento en el cuerpo.

Algo diferente concibe *Nicole Malebranche* (1638-1715) el ocasionalismo. Sostiene que el universo se verifica en Dios y el movimiento psíquico da lugar al físico. Si hubiera seguido lógicamente su teoría, hubiera desembocado en el panteísmo. Pero eso no era su propósito. Dice que Dios es superior a la naturaleza; los fenómenos se desarrollan dentro de la divinidad. Dios contiene en sí los espíritus como el espacio contiene los cuerpos. Abandonando así el racionalismo, complica el problema con soluciones místicas. Desarrolla su teoría con

mucho talento, buscando convencer no sólo por la razón, sino también por la fe. La diferencia principal entre él y Espinoza es, según sus propias palabras, que según él el universo está en Dios, y según Espinoza Dios en el universo. Las especulaciones filosóficas de Malebranche a quien se adjudica el segundo puesto entre los metafísicos franceses, tenían por objeto principal de conciliar la religión con la filosofía, la metafísica con el cristianismo.

Dejando el estudio de Espinoza y de Leibniz que han dado las otras dos soluciones al problema del dualismo, para más adelante, mencionaremos entre los contrarios del cartesianismo dogmático a *Blaise Pascal* (1623-62), contemporáneo más joven de Descartes, que sobresale en la polémica que se suscitó al ser atacado. Descartes por los dogmáticos. Con cierto fanatismo antifilosófico niega a la doctrina de Descartes todo valor. Convencido íntimamente de la existencia de un mundo metafísico, rechaza la metafísica de Descartes cuyo raciocinio le parece débil e innecesario, tratándose de verdades indiscutibles. Era también aficionado a la geometría, pero no se dejó seducir por el raciocinio matemático. Somos impotentes, dice, para probar irrefutablemente todo el dogmatismo, pero tenemos una noción, irrefutable para los escépticos, de la verdad. Todo su sentimiento religioso profundamente místico está expresado fielmente en su famosa sentencia: «Le coeur a ses raisons, que la raison ne connait pas».

JUAN PROBST.

(Continuará.)

---

## Las dos doncellas

---

La hermosa Nais, la de los rizos rubios como las aureas mieses, y Melita la traviesa morena de ojos zarcos, con lentos pasos la florida orilla siguen del hondo Alfeo, cualidos grandes lirios bañados en los rayos de oro del hijo de Hiperión, que en las azules ondas del Jonio mar se precipita y de encendida grana los marmóreos templos de Olimpia viste. El misterioso rumor del bosque, donde aúlla lejos, la jauría de Artémida, impaciente, o el crujido se escucha de las ramas que quiebra un fauno al acechar las ninfas las almas infantiles les oprime de una dulce congoja que levanta bajo del niveo peplo, ya abultadas, las virginales pomas. La inocente Nais, por quien arde Mirtis en amores, el bello Mirtis, el zagal más rico de la florida Arcadia, ayer a Cipria le sorprendió ofreciendo dos palomas, y ella, que oculta le escuchó, repite su oración a Melita: «Diosa (Mirtis decía) del nevado Olimpo reina; diosa que en Pafos y en Idalia habitas

y la fecunda Salamina amparas,  
¡oh rubia Citerea! que a la rueca  
de Onfalia sometiste al invencible  
hijo de Alcmena; si en tu altar florido  
nunca faltaron mis piadosos dones  
entre mirtos y rosas enlazados,  
¡oh diosa! haz que propicia Nais me escuche  
y con dulces palabras de sus tiernos  
labios el fuego de mi amor mitigue”.  
Y así, toda turbada, proseguía  
la ruborosa virgen: “¡Oh Melita!  
¿Es el amor lo que en mis venas corre  
como un fuego sutil y me golpea  
tan recio al corazón cuando recuerdo  
las palabras de Mirtis?” Y Melita  
que ya ha notado el agitado ritmo  
con que palpita el seno de su amiga;  
Melita, que al bizarro Licas ama,  
que en Olimpia triunfó con sus corceles  
y con quien la unirá dulce himeneo  
en las gamelias fiestas, le responde  
al oído, besando los dorados  
rizos: “Escucha, Nais, al bello Mirtis,  
que si no le huyes, con las blandas notas  
te hablará de su flauta, y a tu alma  
sus acentos sabrán como a tus labios  
las dulces mieles que el Himeto guarda.

ENRIQUE FRANÇOIS

---

## EL CONCEPTO DE LA LOGICA VIVA

---

Carlos Vaz Ferreira, maestro de conferencia y catedrático de filosofía en el Uruguay, es igualmente estimado aquí. Sin embargo, no pocos ignoran las obras del distinguido escritor debido, en gran parte, a la circunstancia de estar agotadas casi todas. Esos libros son: Ideas y Observaciones, Moral para Intelectuales, Del Simplismo en Pedagogía, Exposición y Crítica del Pragmatismo, Lógica Viva.

Conociáis ciertamente la lógica de Aristóteles, la formal; tendréis quizá noticias de la formulación matemática de la lógica, por otros llamada logística. Lógica Viva, en cambio, suena extrañamente. ¿Fue muerta, acaso, alguna vez la lógica? ¿Es que puede ser viva? Veamos.

¿Cuál ha sido hasta el presente el trabajo de los logistas? Ellos formularon principios, construyeron categorías, estudiaron silogismos, analizaron sofismas. No ha sido ésta, por cierto, labor despreciable. Veneremos siempre las grandes figuras de Aristóteles, de Bacon, de Halminton, de Stuart Mill y demás hombres extraordinarios que dieron arquitectura a esos estudios. Es por esos esfuerzos que disponemos de cómodos marcos, de eficaces abstracciones que nos orientan para la especulación y la teoría. Pero esto es ciencia únicamente.

Hoy sabemos muy bien que no debemos confundir la ciencia con la realidad misma, que aquella pretende uniformizar. Así es que día a día va perdiendo el dogmatismo científico sus devotos. Transcurrido medio siglo de fervor positivista, de cientifismo à *outrance*, la ciencia tuvo sus críticos. ¿Y qué críticos! Pensadores de extenso saber y visión orbicular empeñaron la gigantesca contienda en el campo filosófico contempo-

ráneo. Racionalismo, positivismo, cientifismo, fueron los lemas adoptados por uno de los bandos en sus pendones desplegados; pragmatismo, intuicionismo, anti-intelectualismo, grabaron los otros en sus corazones. W. James, Bergson, Oswald, d'Ors, Wundt, Poincaré, Le Dantec, promovieron esta discusión del problema central de la filosofía: el problema epistemológico.

Consideran algunos que la ciencia es un método excelente para su objeto adecuado; las relaciones; reservando a la intuición las vías de la verdad absoluta, de la realidad íntima. Bergson, filósofo eminente y gran señor acicalado, sostiene esta opinión seguida y divulgada por una corte de astros menores. Otros, como Eugenio d'Ors, se colocan en un moderado intelectualismo post-pragmático, opinando que la ciencia no nos da a conocer toda la realidad; pero sí lo mejor de ella. La razón sería una diastasa que transforma la realidad tóxica en producto asimilable, creando una inmunidad: la lógica, y con ella las diferentes ciencias. Es un acabado biologismo filosófico. Luego, pues, si la alegoría platónica sirvió para explicar la ingenuidad del materialismo jonio no demuestra, como quiso el filósofo, que podamos establecer la suprema Verdad por una progresiva dialéctica de conceptos.

Otra consideración. Supóngase, ahora, que en cada momento de nuestra actividad pensante tuviéramos que plantear nuestra cuestión en forma de silogismo, ver a qué figura y modo pertenece y recordar las reglas que permiten una conclusión legítima, para después traducirlo todo en acción. Calcule el lector los inconvenientes de esa resolución tardía. Felizmente en la práctica no acontece así. Monsieur Jourdain hacía prosa, aunque mala, sin saberlo; y la mayoría de la gente hace lógica ignorándola, y no siempre se equivoca. Pero se equivoca, dirán muchos. No hay por qué maldecir de la lógica tradicional. Pero Vaz Ferreira ni nadie la denigra. Trátase solamente de complementar esos estudios, considerándolos de otro punto de vista.

Después de lo dicho parece justo que al lado de una ciencia, que, como la antigua lógica, formula las relaciones conceptuales de nuestros razonamientos, se realicen estudios, mejor dicho descripciones numerosas, fieles y sugerentes de los

casos concretos de nuestros razonamientos, que en su individualidad son la realidad misma que nos impresiona. No deben tener estos estudios estructura científica, rígida y calificada, sino provisoria, ondulante, inestable como las olas de la mar, que puede ser imagen de la vida. De ahí el nombre de *Lógica Viva*.

Vaz Ferreira es el primer autor de mi conocimiento que ha intentado un trabajo así. Tiene este profesor uruguayo en proyecto un libro que, según propias palabras, sería positivamente útil, si en la realización se aproximara al ideal que concibe. «Sería un estudio de la manera como los hombres piensan, discuten, aciertan o se equivocan — sobre todo de la manera como se equivocan; pero de *hecho*». Y subraya esta última palabra. Efectivamente. Esa manera de tratar *hechos* es lo que presta el interés, la flexibilidad y la hermosura que debe tener todo estudio de *Lógica Viva*. Y esa es la originalidad del filósofo uruguayo, maestro notable de un arte nuevo. Dije arte y creo no haberme equivocado. La *Lógica Viva* más tiene de arte que de ciencia. Arte por el método, aunque no por su finalidad. ¿No es pues el arte la transmisión que hondamente conmoviera al artista? ¿Qué es la *Lógica Viva*? sino la revelación de la verdad sentida. Arte descriptivo es éste; y, como todo arte, sugeridor, no ya de más belleza, sino de **más verdades**. Es además educador. Así como el sentido del buen gusto permite reconocer una obra de artista, sin llegar al análisis y descender al detalle, así también este otro arte forma y aguza un sentido especial que corresponde a aquél. Este sentido íntimo lo posee Vaz Ferreira en sumo grado. Con este sentido nos guía hasta la Verdad misma, que a la distancia nos pareció velada. Esto que digo nótase principalmente en una obra que Vaz Ferreira nos ofreció como anticipo de un libro, más amplio, que publicará cuando su vida de acción le deje tiempo y serenidad para escribirlo. Penetremos más en su método con un ejemplo apropiado. Es una tendencia muy común la que tienen los espíritus de tomar por contradictorio lo que no lo es, o es simplemente complementario. El sabio logista, aplicando el método científico, induce de ahí una ley que secamente enunciará en su tratado: «hay un sofisma muy común que consiste en creer contradictorio lo



que es complementario — luego sigue un ejemplo. ¡Pero eso no basta! Es enquistar lo que no puede ser. Esta falacia tiene sus grados, desde el más grosero — y por lo mismo patente — hasta el más sutil, tan solo percibido por el sentido especial de que me refería ha poco. Comparad este otro procedimiento. El artista de la Lógica Viva va a servirse de la paleta de su colega el pintor. Como este colega suyo, dibuja primero el contorno; gradúa más tarde los tonos, y únicamente así da la sensación de forma y de volumen de la falacia estudiada. Tal vez exagere; pero no puedo sustraerme al aspecto estético de la Lógica Viva.

Consideremos con Vaz Ferreira uno de los sofismas capitales de la humanidad: el de falsa oposición, ya mencionado. Siguiendo el método que esbozamos, el catedrático montevideano nos va a familiarizar con esta falacia, a la que atribuye con muchísima razón enorme importancia. Con numerosos casos vivos, próximos y hasta personales va graduando el maestro los múltiples matices del paralogismo. Tomemos al azar uno de esos casos. Sea el que textualmente transcribe: «La energía yanqui, el alma yanqui, no es la obra de los Washingtons ni Lincolns, sino de los Vanderbilts, Morgans y Rockefeller; la energía argentina, el alma argentina, no es la obra de los Rivadavias, Sarmientos ni Mitres, sino de los Lozanos, Pereiras, Oliveira Fages, Cobos y demás grandes y nobles señores de la agricultura». El sofisma es evidente. Supone el párrafo una previa oposición en el espíritu de su autor, cual es la de la actividad política con la actividad industrial. En verdad, ambas influencias desarrollaron esa energía. Pero considerándolas como opuestas obliga a una solución que excluye todo término medio: o bien los políticos, o bien los industriales. ¿Queréis un ejemplo más fino? Advertid cuán *glissante* es la falacia en este otro. Es un norteamericano quien escribe. «El mundo actual está cumpliendo una de sus evoluciones seculares, uno de sus épocas históricas. *Magnus saeculorum nascitur ordo*. Fuera pueril, a pretexto de preferencias personales, desconocer lo evidente... La humanidad moderna ha sido nuevamente fecundada a fines del pasado siglo: durante la centuria de su dolorosa gestación ha vagado por la tierra en cinta del porvenir, incierta de la hora y del lugar del

alumbramiento, vacilando entre la Francia luminosa, la Alemania profunda, la misteriosa Esclavia, el Asia remota y tradicional... ¡No lo dudéis es aquí donde ha procreado!». ¿Quién adivina el sofisma bellamente arropado en celajes literarios? El existe, sin embargo. En la noche de su psicología, claro que no a la luz de la conciencia, estableció el autor del párrafo indicado que en un momento histórico solo una nación puede ser portavoz del progreso. Esta vez le tocó en turno a Norte América, quedando excluidas todas las otras, cuando muy bien pueden haber influido en él. A muchos podrá parecerles ésto puro diletantismo, propio de ociosos o filósofos. No obstante la humanidad entera padece de esta falacia que se desliza en nuestros razonamientos diarios, que sombrea hasta las discusiones científicas y que en el arte alcanza su virulencia máxima. El artista siempre unilateral y exagerado, tal vez por necesidades de la propia labor, se inclina a establecer oposición con todo lo que no son sus opiniones, credos, maneras y aspiraciones. Niega lo que en sí mismo no afirma. La exclusión, el empobrecimiento de la visualidad intelectual, por una parte; he ahí el grave desenlace de esta falacia. Tiene pues razón Vaz Ferreira en insistir sobre ella. Imaginad un grave que se quiere hacer mover, para lo cual se le aplican fuerzas iguales; pero en opuesto sentido. ¿No os parece risueña la paradoja? Lo mismo acontece en el orden de nuestra actividad mental, aunque sin advertirse tan fácilmente el ridículo. Quiérese realizar una determinada acción, a cuyo fin varios hombres deben coördenar sus esfuerzos. Se discute la empresa; pero por la tendencia falaciosa que conocemos, cada cual considera su proposición como la mejor y única aceptable y, por lo mismo, opuesta a las demás. Unas y otras se anularán recíprocamente como las fuerzas aplicadas al grave. Cero de movimiento y cero de acción se obtiene en ambos casos. Fuera más acertado buscar una armonía; porque ella existe. No se la encuentra por una pura pereza intelectual. Si uno de aquellos hombres pensara y, después, consciente y generosamente se expresara así: todos tenéis parcialmente razón; pero adoptemos la idea de B que en este momento es la que mejor responde... luego seguiremos la de A, cuando sea la ocasión

propiecia... etc., habría ya un principio de acción, un movimiento, una resultante.

Otro interesantísimo estudio de Lógica Viva en la tendencia que manifestamos a pensar por sistemas: fuente no menos copiosa de errores que la anterior. Habéis ciertamente notado que hay dos maneras de hacer uso de una observación. Se la puede reservar, anotar, como algo que hay que tener en cuenta cuando reflexionemos sobre lo concreto; y de otro modo, sacar de ella un sistema para aplicarlo en todo momento y circunstancia. Aún está en la memoria de todos el caso típico del Comandante Astorga. Partiendo de la observación de que la naturaleza es excelente guía y maestro, dedujo Astorga un sistema: el naturismo. Consecuente con él, se olvida de la terapéutica; rechaza todo método de vida que no concuerde con el empirismo que profesa. Tan es así, y tan fuerte se creyó con su sistema, que no vaciló en inocularse un bacilo terrible. Y cuando éste le abrió las cavernas por donde se introdujo la muerte, moribundo ya el apóstol, no atribuye a su locura el fin que presiente cercano, sino a la fractura del esternón que le motivara una caída. Es el caso trágico y dolorosamente místico que en la vida ocasiona la tiranía de un sistema, de una teoría, de una idea. Sea el siguiente otro ejemplo. En una muy sabrosa comedia de Molière *Les Femmes Savantes*, Philaminte está tan ridículamente dominada por la gramática y las reglas del *bien hablar* que no titubea en despedir a su cocinera por faltas graves de concordancia y de dicción, aunque sabía freir muy bien y desplumar gallinas. Entre estos dos casos extremos, grabados sobre el dolor y el ridículo, se interpolan número infinito de otros en que el sofisma ora se forma consciente, ora inconscientemente; aparece en una discusión administrativa, vuelve a reaparecer en una cuestión científica o filosófica. La sistematización ilegítima condena a la unilateralidad y al error. Da la ilusión de tener una regla fija que nos habilita para pensar mejor, siendo en realidad fundamentalmente infecunda.

Si por un sobrehumano esfuerzo de dialéctica llevamos a la convicción a un individuo de que sus ideas generales, las reglas fijas por él seguidas, su filosofía de la vida y de las cosas es una construcción sobre arena movediza, que un soplo

de libertad interior puede desmoronar, le habremos seguramente postrado por mucho tiempo. Es náufrago que no tiene madero flotante donde asirse. En cambio, si nos habituáramos a pensar por ideas para tener en cuenta ¡qué diferente! Sería el espíritu libre jugando al libre juego de las ideas. Combinándolas en sabia o caprichosa asimetría, renovándolas o removiéndonlas, según las exigencias de la materia o para solaz de la inteligencia. No como en el ejemplo que pone Vaz Ferreira, de las piedrecillas del kaleidoscopio, fatalmente simétricas. ¡Pero qué brumoso el horizonte! ¡Cómo está cargada de neblina la senda que debe iniciar el peregrino! ¡Presiente fronteras, pero no distingue los mojones! Surgen limitaciones de momento, de circunstancia; las cuestiones de grado. ¿En qué momento se debe hacer tal cosa y no tal otra? ¿Cuál será la circunstancia favorable? ¿Hasta qué punto llevaremos su aplicación? Son éstas preguntas que un espíritu simplista, habituado a una falsa precisión, no podría soportar. Ellas se resuelven por el razonamiento, formulando una especie de ecuación de motivos. Pero ejemplos hay, y no pocos, en que los motivos se equilibran, el raciocinio es impotente, la ecuación parece indeterminada. Es el momento de recurrir al sentido que Vaz Ferreira acertadamente denominó hiperlógico. Maravilloso sentido ¡que guió a Cortés en el famoso episodio de las naves!

Creo haber expuesto el concepto de Lógica Viva. Al finalizar esta glosa deseo hacer notar que la Lógica Viva no se opone de ninguna manera a la tradicional, ni aspira a sustituirla. Es tan solo, un complemento de aquélla. Me pareció que había algo de estética en su método. Ya no se os escapará el carácter esencialmente práctico de estos estudios. Ahora, lector estudioso de la filosofía, te invito con el corazón en la mano a que leas el libro del profesor uruguayo. Sabio o ignorante de la materia, estoy seguro de que me lo agradecerás, como le agradezco yo a él las muchas lecciones que me dió.

RAÚL CONRADO.

## El alma de los árboles

### I

Bajo el sol de la mañana  
brilla el verde de las hojas,  
y hay de verdes tan diversos  
un derroche. Va la gama  
de mil tintes, suavizándose en los árboles  
va adquiriendo mil matices tan brillantes  
en algunos,  
que semeja al agitarse cada hoja  
una gema deslumbrante, que embellece  
aquel sol de la mañana;  
sabio mago que reviste  
los canteros y las ramas  
con puñados de esmeraldas.

Y en el aire perfumado  
las siluetas se agigantan,  
se recortan sobre el cielo  
tan azul, que de mirarlo  
se deslumbran las pupilas,  
y al cerrar presto los párpados  
se nos queda en la retina  
la visión dorada y cálida  
de zafiros y esmeraldas  
engarzados en el oro  
de la espléndida mañana.  
Hay como un anhelo férvido  
de ilusión que se levanta,  
hay como un pronunciamiento

de esperanzas susurradas  
en el viento, entre las ramas.  
Y es que, erguidos y lozanos  
con la fuerza fecundante de su savia  
que nos grita: ¡Primavera!  
alto cantan;  
y es su canto como un salmo a la mañana  
salmo henchido de promesas  
salmo pleno de esperanzas.  
Y agitados por la brisa  
que se esconde entre las ramas  
toda el alma de los árboles  
canta, canta!

## II

En la luz rosa y celeste  
de la tarde,  
las siluetas se oscurecen en el parque  
y el misterio de la tarde que agoniza  
y tiñe todo de tristeza inexplicada  
se estremece entre los árboles.

Es la hora de los místicos pensares,  
es la hora-toda lila-de las almas que anonadan.  
Y movidos por la brisa  
ya los árboles no cantan.

Hay un eco que murmura  
oraciones olvidadas con la infancia,  
que se oyen cuando todos  
los demás ruidos cesan...

Es el alma de los árboles  
que reza!  
Y es su ruego de ternuras acendradas  
y es su ruego de caricias palpitantes,  
de tristezas de pedidos de esperanzas  
cual si en ellos se encarnaran  
a la vez y por milagro,

los sentires de las madres,  
el llorar de los pequeños,  
el ensueño de las novias  
y el dolor de los que parten!  
Y agitados por la brisa,  
melancólica belleza  
tiene el alma de los árboles  
que reza!

### III

Bajo el claro opalescente  
de reflejos nacarados  
que la luna en los canteros  
teje una tela de plata,  
bajo el haz de rayos blancos  
en que cree la fantasía  
presenciar nocturna ronda  
de geniecillos fantásticos,  
se recortan casi hostiles  
mas serenos e imponentes  
majestuosos y callados  
las siluetas de los árboles.  
Internándose en sus frondas  
con los rayos de la luna,  
se penetra en sus pensares.  
Como el alma se recoge,  
y es como ellos misteriosa,  
y está sóla y apartada,  
ellos hablan desde lo alto  
ellos dicen sus secretos y sus ansias  
balanceando muellemente, quedamente  
la bellezas de sus ramas.  
A esa hora—toda ensueño—  
hay un canto que se pierde  
dulcemente en lontananza  
y que nace entre los árboles.

A esa hora cada árbol  
es sacerdote que oficia  
en altares, ritos suaves,  
y que tiende hacia los cielos  
los extremos de sus copas  
como en una elevación sacra y augusta  
sus misterios y sus ansias!  
Y es que a ejemplo de los hombres  
que han pasado año tras año  
bajo el ala protectora,  
confidente, de sus ramas,  
horas dulce de entusiasmo  
horas plenas de ternura  
horas de ensueño y de calma—  
Al ejemplo de las almas  
que han unido sus anhelos en un beso  
de sus sombras bajo el pálio;  
guareciendo su ternura tras su tronco  
y ocultando su rubor entre sus ramas,  
al ejemplo de las almas,  
en la noche polvoreada con el polvo de la luna  
toda blanca,  
casi humanos, se traicionan,  
y por eso,  
adivina nuestro espíritu el misterio  
y se rinde ante su encanto.

Hay divinas armonías en las sombras,  
hay nupciales cantos tiernos en las auras,  
es el alma de los árboles  
que ama!

M. DANTAS LACOMBE



---

## C. O. BUNGE

Carlos Octavio Bunge es para nosotros un conmovedor ejemplo de vida humana tendiente hacia un alto grado de intelectualidad. Cuando bien joven, aplicado a diversas disciplinas con ansia desmedida y anárquica, produjo buena parte de sus obras que, si bien por la vastedad de doctrina y vigor de expresión se destacaron en el ambiente argentino cuanto suele bastar a la ambición de fama casera de nuestros intelectuales, a él no satisficieron; pues era suficientemente discreto y docto como para haberse formado un concepto cabal de cultura, y lo sanamente ambicioso como para desear conformar sus producciones a medida de ese concepto.

Entonces ahincó sus estudios en las materias por él preferidas: filosofía del derecho y pedagogía. Ello comporta una preparación enciclopédica por ser las disciplinas mencionadas las resultantes de conclusiones a que se arribe mediante la historia, ética, biología, psicología, sociología...; toda la Ciencia en vista de esos dos puntos del conocimiento humano.

Al esfuerzo que esto representa ha de agregarse el decidido propósito que tuvo de depurar su léxico, un tanto barbarizado por continuas lecturas extranjeras y el de cercenar la superabundancia de su estilo a fin de trocarlo en más escueto y vigoroso. Esta fué una actividad de reeducación y por tanto de penosa lucha consigo mismo. Los que fuimos sus alumnos tuvimos ocasión de observar algunas consecuencias de esa actividad: la vehemencia combativa y la zumbona manera con que nos afeaba defectos que habían sido propios.

Carlos Octavio Bunge murió cuando asentaba ya su juicio en conocimientos vastos, seguros y armonizados, y eran de esperar producciones maduras que aspiraran con fundamento a consideración, no sólo si con el medio nacional se las comparasen, sino aún cotejadas con el universal esfuerzo por una mayor cultura.

Nos lamentamos de la fatalidad que nos lo quita.

G. H.

---

## NOTAS Y COMENTARIOS

---

HOMENAJE AL Dr. AMBROSETTI.—Con asistencia del señor Rector de la Universidad, de la mayoría de los profesores y de numeroso público, fué inaugurada el 28 de mayo último la nueva sala del Museo Etnográfico de esta Facultad, con motivo de la entrega de un busto del malogrado doctor Ambrosetti, costeadó por una suscripción levantada entre los profesores y alumnos de la casa.

El señor Decano abrió el acto con las siguientes palabras:

Cumplimos un acto de justicia. El doctor Juan B. Ambrosetti tenía un nombre entre los arqueólogos nacionales y extranjeros, antes de venir a esta casa. Sus estudios y sus exploraciones le habían dado notoriedad. Precisamente su reputación y su competencia determinaron su nombramiento.

Cuando la Facultad fundó el Museo Etnográfico, como elemento de estudio, reunió las primeras piezas que debían formar parte de sus colecciones futuras y acordó enviar expediciones arqueológicas a distintos parajes de la República, para recoger los objetos existentes en ellos, llamó al doctor Ambrosetti, le confió la dirección de aquél y lo puso al frente de éstas. Era el hombre para el cargo. La organización y los rápidos progresos del Museo revelan el acierto de la designación.

Desde entonces la vida de Ambrosetti se confunde casi con la del Museo mismo. En éste trabajó constantemente; y, con los elementos acumulados en él, confirmó o rectificó algunas de sus vistas sobre el pasado remoto de estas comarcas. Su prestigio creció con la institución y se extendió dentro y fuera del país.

El doctor Ambrosetti era un hombre bondadoso, sano, fuerte e infatigable en el trabajo. Tenía el amor de su asunto, de sus cacharros, de sus exploraciones y se daba a ellos íntegramente, con juvenil entusiasmo. Su obra constituye una importante contribución al estudio de los orígenes, de la vida precolombiana, en la Argentina y aun en la América. La Facultad conoce esa obra y sabe lo que ha perdido con la desaparición de aquél trabajador incansable, en los días de su mayor esfuerzo, en la plenitud de la energía y de la salud mental. No lo olvidará ciertamente.

He ahí por qué le tributa este homenaje y consagra desde ahora esta sala a perpetuar su memoria. Aquí, en el centro de sus tareas, donde investigó y enseñó, su nombre vivirá siempre rodeado por el respeto de alumnos, profesores, consejeros y académicos. Será esta la recompensa que su espíritu sencillo habría preferido, si le hubiera sido dado elegir.

Su sucesor, el doctor Debenedetti, nos contará su labor, nos hará su elogio y nos dirá, sin duda, que el Museo Etnográfico, al que dedicó la mejor parte de su tiempo, ocupa un rango de primer orden y es, en su género, uno de los más notables de América.

Habló luego el doctor Debenedetti en los siguientes términos:

Señor rector;

Señor decano;

Señores profesores;

Señores:

Esta casa, que hace hoy, precisamente, un año pendió a uno de sus varones fuertes, a uno de sus buenos como decididos y constantes colaboradores en su no interrumpida obra, ha querido rendir el homenaje de justicia póstuma a que se hacen humanamente acreedores aquellos que orientan su vida hacia las playas de un ideal concreto. A esta falange perteneció el doctor Juan B. Ambrosetti, incorporado a la facultad, desde 1906, como director del entonces naciente Museo Etnográfico.

No era un extraño en nuestro mundo científico: su justo renombre lo había conquistado a expensas de su propia inteligencia y de la fe puesta en sus iniciativas. En largas expediciones, en continuados viajes, había ido acumulando con la seguridad que da la observación exacta, ese caudal de conocimientos precisos que constituyó su tesoro científico, jamás puesto en duda. Fué Ambrosetti un investigador serio y honrado, y abrió con el ejemplo el rumbo de nuevas disciplinas arqueológicas que, si en verdad han de dilatar el límite de las conclusiones que esperamos, ellas tendrán, en definitiva, el sello de firmeza que la ciencia exige.

Cierto es que el período analítico de nuestra arqueología muy lejos está de su término; pero, cierto es también, que ya la hipótesis ha invadido su campo y se empiezan a entrever, entre la niebla de lejanos horizontes, algunas luces que, al agrandarse y moverse, nos van indicando las nuevas tierras que nos han de llevar a la verdad. En esta obra reconstructiva de nuestro pasado argentino, Ambrosetti ocupa un puesto prominente por su doble afán desplegado en toda hora: sus investigaciones encierran el doble aspecto a que hoy, indispensablemente, atienden la arqueología y ciencias afines: el conocimiento del objeto y el conocimiento del ambiente. De este dualismo está llena la obra del ilustre muerto, a quien esta Facultad, por una parte, ha querido honrar, dando su nombre a una de las salas del museo y los estudiantes, por otra, al perpetuar su memoria, entregando a los tiempos este bronce, símbolo de fama y de justicia.

Fuera vano insistir sobre los altos méritos de mi predecesor y maestro; hablar de su obra tan vasta como buena, o de sus conocidas virtudes como hombre y como investigador. Todo eso ha sido ya juzgado en oportuna hora. Su vida íntegra fué consagrada al estudio de nuestro pasado; recogió el dato disperso; acumuló el material posible no sin sacrificios y días largos de penurias y escaseces; elaboró ideas propias y más de una de sus concepciones no podrá desdeniarse en el momento de realizar la síntesis a que todos aspiramos; paciencia y tesón fueron sus normas y un sano optimismo, jamás calculado, presidió su obra comunicándole la suave serenidad que en toda ella se destaca. Como el obrero que ha puesto toda su confianza y su fe en su instrumento de trabajo. Ambrosetti, guiado por las mismas virtudes, nunca vaciló y nunca le intimidaron los obstáculos que se interpusieron ante las finalidades que iba sospechando. Hábil como inteligente y experimentado como perspicaz, sabía sacar la inferencia más exacta a base, muchas veces, de un antecedente que para muchos no merecía atención siquiera.

Largamente podría hablar de este hombre y de su ciencia. Fué su compañero aquí, desde el día de su entrada en esta casa y fué también su compañero desde el momento que se iniciaron los primeros viajes de exploraciones, cuyos resultados están a la vista. Durante nuestras jornadas, mortificantes por lo largas y tristes por lo desiertas, durante los vaques de nuestros lejanos campamentos, en noches de frío, en medio de esa natural angustia del que espera un nuevo descubrimiento en la mañana, Ambrosetti, sin perder su calma habitual, disponía nuevos trabajos, repartiendo persuasiones y paternales consejos. En los apartados valles cada año se esperaba su paso en las escasas poblaciones de tránsito; su llegada era ocasión de júbilo, y más de una vez yo vi caravanas de gentes desfilando ante él en busca de un consuelo o de una palabra de aliento; yo vi también más de una lágrima rodar por las tostadas mejillas de nuestros paisanos montañeses: eran lágrimas que el agradecimiento hacía brotar. Los que hemos andado algo y algo hemos visto en nuestra tierra, sabemos de la sencillez dolorosa de las almas nativas, muchas de las cuales no sospechan el horizonte más allá del límite circunscripto por los lomos blancos de las montañas y su contenido psíquico refleja la soledad del cielo, la desteñida coloración de los cerros y la tristeza sin límites del ambiente. Así viajó Ambrosetti: estudiando y observando para beneficio de la ciencia y desparramando bondades para bien de los hombres.

La última fase de su obra y de su vida fué su total consagración a este museo. A él le dedicó toda su energía, se desveló por él, y, con el cariño incomparable que todos le conocíamos, siguió y presidió su desarrollo, momento tras momento. Atrajo las miradas de los hombres hacia la naciente institución y excitando la generosidad de muchos, supo encaminarla hacia el museo, determinando una verdadera corriente de colaboración espontánea que, aumentando sus caudales, lo llevó a ocupar el puesto prominente que ocupa entre las instituciones similares.

Y hoy, después de haber andado algunos años, sumando a diario esa continua tarea, anónima para la generalidad de las gentes, hoy que entregamos al examen del público el trabajo acumulado en breve tiempo nos preguntamos, casi asombrados: ¿Cuándo y cómo nació el Museo Etnográfico-

Era allá por el año 1904. El actual decano, doctor Norberto Piñero, dirigía también entonces los destinos de esta casa. La colmena de estudiantes, más reducida que ahora, dejaba grandes claros en las hoy estrechas aulas y galerías de este recinto. Muchos eran los espacios vacíos y muchas las salas desiertas. Un patio, desconocido por su desfiguración ulterior, era el lugar de las reuniones estudiantiles durante los intervalos libres; allí el comentario alegre, traduciendo un anhelo o esquivando el descubrimiento de una esperanza, llenaba el aire. Y no faltaba tampoco en aquel hermoso marco la nota más delicada: un jazminero cuyos pimpollos, creo, jamás llegaron a abrirse en la planta por la severidad del espionaje diario que ejercía en masa la mermada población estudiantil.

Los sótanos eran «tierra inexplorada». Alguna vez, por ignorados caminos, se llegaba hasta allá. Cenraba la frontera una puerta de hierro infranqueable. Allí se detenían nuestras excursiones, pero, al través de los barrotes, lanzábamos a lo lejos nuestras miradas para escudriñar el fondo y descubríamos, a la luz sepulcral, filtrada por una lejama claraboya, una masa informe, grande, sombría, que, después supimos, era un archivo guardado en enormes cajones.

Nuestras raras visitas fueron siempre recibidas con prolongados aullidos que partían desde lo más profundo de aquel antro oscuro, especie de caverna, espejo de catacumba: era la recepción hostil de una numerosa familia de gatos que crecía en la mayor holganza y en la más amplia libertad, aumentando en número y fiereza a medida que las generaciones se iban sucediendo. Tal fué el salvajismo de estos huéspedes, que antes de ubicarse allí el Museo fué necesario proceder a una limpieza general de estas fieras, ordenándose la pena capital para todas.

En un ambiente así, modesto, bastante original y casi con la misma rareza de los que aquí venimos, atraídos no sé por qué pero en todo caso con cierto lirismo que más de una vez despertó sospechas y sonrisas entre los estudiantes de otras facultades que se tienen por más prácticas y positivas, en este ambiente,, digo, transcurrieron los primeros años, vacilantes, de esta nueva institución.

Con la lentitud exigida por las circunstancias se iban llenando los claros visibles, dotando las nuevas cátedras en la medida de las necesidades crecientes. Fué así que, por primera vez en la América del Sur nuestra Facultad de Filosofía y Letras incluyó en sus planes, los estudios de Arqueología Americana. Pero la enseñanza de esta materia era, sin duda, deficiente. No bastaba explicar los restos industriales abandonados en tierras más o menos lejanas por nuestros aborígenes para determinar así caracteres culturales o parentesco de civilizaciones muertas o prácticas y costumbres determinantes de un dado estado social.

Y fué, precisamente, notando esta falla, en un examen de Arqueología, que el doctor Norberto Piñero tuvo la idea clara de la creación de este Museo Etnográfico que después de 14 años su fundador acaba de abrirlo al público.

Por ordenanza del 8 de abril de 1904 quedó, pues, fundado el Museo «para reunir entre otras cosas los materiales que fueran recogiendo en las distintas exploraciones que se llevaran a cabo». Se iniciaron las colecciones arqueológicas con 16 piezas de bronce, calchaquíes y peruanas, donadas generosamente por el doctor Indalecio Gómez.

El Museo empezaba a ser una realidad, pero faltaba el especialista que de alma se entregara al cuidado de su crecimiento. No fué difícil hallarle. Indicado Ambrosetti con el aplauso y apoyo de todos inició de inmediato la tarea, trazó los primeros planes de expediciones arqueológicas, bosquejó proyectos y con toda la energía y amor de que era capaz empezó a guiar por seguros caminos la institución que en pocos años habría de llegar a adquirir la importancia que actualmente tiene.

En 1905 partió la primera expedición arqueológica de esta Facultad con destino a Pampa Grande, en la provincia de Salta. Iba bajo la dirección de Ambrosetti y tomaron parte en ella profesores, entre otros Bunge, cuya prematura desaparición deploramos, y alumnos que demostraban interés por esta clase de investigaciones. Con este viaje se iniciaron los estudios sistemáticos del N. O. Argentino que, si bien eran ya numerosos, carecían de la documentación pertinente que se exige en disciplinas de esa naturaleza.

El material arqueológico reunido y documentado con riguroso método fué abundante y dió motivo para la publicación de la primera monografía de la sección antropológica, donde se encuentran consignados los resultados de esta exploración y planteados algunos problemas cuya solución está pendiente todavía.

Desde entonces no se interrumpieron los viajes anuales: fueron unos a la grandiosa ciudad prehistórica de la Paya, en el corazón del valle Calchaquí; fueron otros el sorprendente Pucará de Tilcara, en la Quebrada de Humahuaca; otros a los lejanos e inhospitalarios valles catamarqueños, o las casi inaccesibles mesetas tucumanas o a las planicies pampeanas o a las solitarias sierras magallánicas o a las pantanosas islas del delta del Paraná. En todos, la dirección de Ambrosetti, su tesón, su resistencia y su amor profundo por las viejas cosas de nuestra tierra dieron los resultados que todos conocemos y que ya se han vulgarizado en buenos libros que están al alcance de todos.

En esta transformación de los estudios de nuestra prehistoria, honroso es declararlo, gran participación ha tenido esta casa al través de su Museo y de la labor que de continuo realiza.

Los progresos del Museo fueron tan rápidos que el mismo Ambrosetti, en 1912, en el informe pasado al señor decano, declaraba sorprendido que en 6 años de trabajos se habían logrado reunir colecciones documentadas cuyas piezas ascendían a 12.156; cinco años después de aquella fecha

cuenta nuestro museo con 27.000 ejemplares arqueológicos y etnográficos.

En estas series, como podrá observarse, predominan las de carácter argentino y americano, sin que ello signifique que se hayan descuidado las procedencias de otras regiones geográficas. Creo oportuno declarar que debemos dedicarnos preferentemente al estudio de nuestro país; a reunir todo aquel material que está disperso en colecciones privadas y que, por lo tanto, no prestan ningún señalado servicio. Las exploraciones deben continuarse con mayor intensidad, debiendo ellas conducirnos a la confección de una futura carta arqueológica tan indispensable como nuestra carta geográfica. Este trabajo, ya realizado en parte, debe completarse, para lo cual reclamamos el auxilio y la colaboración de todos, porque no hay dato desdeñable ni objeto que no tenga un valor.

La realización de este plan nos pondrá en inmejorables condiciones para llevar nuestros proyectos de viajes y exploraciones más allá de nuestras fronteras, a regiones vírgenes aún, donde ellas conducirn a la confección de una sorpresa y aclararemos más de un secreto. Será necesario entonces que nuestra acción sea conjunta con las de otros países, los limítrofes especialmente; de lo contrario rondaremos alrededor del problema de las culturas locales. Debemos ir más allá, en busca de las grandes correlaciones para plantear en ese terreno el problema artificial de los orígenes de la industria del hombre americano.

En lo que se refiere a la investigación arqueológica del Noroeste Argentino bastante se ha avanzado. Sorprendentes descubrimientos han venido a evidenciar que las culturas que allí campearon no son sincrónicas; que se sucedieron separadas entre sí por largos espacios de tiempos y que en sus desarrollos no fueron impulsadas por los mismos principios. La superposición de civilizaciones caracterizadas; la evolución de algunas a expensas de elementos propios o extraños; las afinidades que guardan entre sí muchas de ellas son ya fenómenos puntualizados en nuestra abundante literatura arqueológica, a la cual este Museo ha contribuido con 15 monografías que constituyen un cuerpo prodigamente documentado de casi todo el material descubierto en sus 14 expediciones anuales en los 35 yacimientos arqueológicos argentinos y estudiados.

Ha sido, precisamente, esta contribución silenciosa que ha dado a nuestro Museo, cuyo espíritu fuera Ambrosetti, el renombre que goza, sobre todo en el extranjero, donde no se ignora su existencia y donde se avaloran, en verdad, sus tesoros. Estoy seguro que nosotros hemos sido los últimos en conocerlo, lo cual, como en nuestras cuestiones personales o de círculo, nos conducirá a tomar medidas para conocerlo mejor.

Ningún hombre de ciencia extranjero que pasó por aquí dejó de interesarse por este modesto Museo que, en 1910, fué sede de congresos, en los torneos científicos de nuestro primer centenario de libertad. Sabios de distintas partes del mundo se congregaron aquí, bajo este techo pródigo; todo fué sometido a su examen y estudio, a todos se facilitaron los datos

pertinentes y todos trabajaron unidos por el mismo común amor a las ciencias que una misma finalidad persiguen.

El crecimiento del Museo y la incesante acumulación de colecciones nuevas había de chocar inevitablemente con la estrechez del espacio. Hoy podemos decir que su situación es afligente. Ha sido necesario abstraer a la exposición alrededor de 10.000 piezas, substracción que irá en aumento a medida que el tiempo transcurra, pues entendemos que no es posible mantener museos cristalizados. Hacia la realización de este fin hónrame repetir las palabras de mi maestro y amigo: es necesario pensar en el porvenir de este Museo, destinado a adquirir especial importancia entre nuestras instituciones científicas.

Y agregó yo con el entusiasmo de mi ilustre predecesor ¿no habrá llegado el momento de pensar en la fundación de un gran Museo Etnográfico con el concurso de aquellas instituciones que, por tener otros fines o atender otros caracteres, lo arqueológico o etnográfico resulta exótico en ellos?

He aquí expuestos, con la brevedad a que obliga la seriedad de la hora que conmemoramos, los más importantes antecedentes del Museo, los problemas que suscita y la acción eficaz y sabia de su primer director, que supo guiarlo con paso seguro y firme hasta este plano de sólida estabilidad.

Y así, con esta noción clara de lo que nos es propio, lentamente iremos aproximándonos al conocimiento exacto de nuestras formas culturales más arcaicas y aunque, posiblemente, no lleguemos nunca a adquirir la noción del íntimo secreto que pudo presidir el desarrollo de nuestras civilizaciones muertas o su punto de arranque en la órbita que habría de recorrer, llegaremos, estoy seguro, a aproximarnos tanto a estas incógnitas, que su contacto bastará para abrirnos nuevos caminos bajo nuevos horizontes.

No quiero con esto afirmar que estemos cerca de esta etapa final de la arqueología argentina. No. Apenas, podemos decir, que vamos jalando la comarca y que cada jalón puesto sobre el terreno constituye un puesto estratégico en este hermoso avance general de la ciencia cuyo movimiento para nadie pasa inadvertido.

Necesitamos refuerzos en nuestras filas y cohesión en nuestra táctica que es una, y sólo una, no porque las conquistas sean difíciles, sino porque el campo de nuestras operaciones es demasiado vasto y cada soldado que cae, como el que ayer cayó y que hoy, después de un año, nos hace sentir la amarga nostalgia de su eterna ausencia, necesita una falange de reclutas para que, adiestrándose, pasen mañana a primera fila donde serán llamados inexorablemente al fuego que, por ventura humana, libra la ciencia sin descanso desde el día de su nacimiento.

Necesitamos la contribución de cada uno en cualquier forma, porque en este laboratorio de trabajos y de ideas no hay desperdicios y en el crisol de la ciencia no quedan residuos inútiles adheridos en la concavidad de su fondo.



Yo aseguro a los jóvenes estudiantes que me escuchan que las jornadas no son tan largas ni tan escabroso es el camino. En ellos se encuentran fuentes que deleitan porque no engañan y oasis donde hay sombras que reparan y descansos que rehacen las fuerzas. Sólo basta tener el empuje inicial, la voluntad firme de no volver las espaldas y la valentía de dar el primer paso. Y para ello creo que la mejor escuela se encontrará en este Museo, cuyas colecciones hoy provocarán un sentimiento de curiosidad, mañana una preocupación y luego el gran deseo de su completo conocimiento. Y por ello abrimos de par en par sus puertas para que entren todos los que amen la verdad y quieran, por lo tanto, aprender a saber.

Y hoy, al cerrar el paréntesis de la actuación del que fuera su primer director, vayan a él los honores de la primera jornada cuya gestión contó en todo momento con el decidido apoyo de las autoridades universitarias; vuelen hasta él nuestros recuerdos, porque así lo reclaman la justicia y el amor; y al entregar al mundo esta casa, entregamos también un pedazo del alma del doctor Juan Ambrosetti.

He dicho.

A continuación el señor Jorge Rohde, en nombre del Centro de Estudiantes de la casa, hizo entrega del busto del doctor Ambrosetti en los términos siguientes:

Señor Rector; Señor Decano; Señoras; Señores:

Hugo Foscolo, en el más sombrío de sus cantos, deplora a ciertas existencias humanas que al hundirse en la muerte se cubren de mortal olvido: pues nadie recuerda su memoria, gris como su vida, ni frecuenta su tumba miserable. En cambio, el gran poeta de Italia, saluda en cívico verso a quien dejó altísimos hechos por herencia, perpetuados en el idioma o en el bronce, alzándose, con nueva e inmortal vida, desde el seno mismo del sepulcro — donde huye hasta la esperanza, última diosa, — para ser ejemplo de su generación y de las generaciones venideras.

Los que estáis congregados en esta sala, y habéis admirado la obra fecunda de don Juan B. Ambrosetti, y aprendido su enseñanza, decidme, si la musa del cantor de los «Sepulcros» no encontraría a uno de los suyos, en este lugar consagrado por la muerte y vivificado por el estudio y la constancia.

Estas piedras, que ahora contemplamos, estos instrumentos, patinados por el tiempo, que fueron filosas armas para derribar montes y defender existencias, tienen vida más perdurable que el bronce de la oda del anti-guo, porque en ellos se anima el esfuerzo del hombre que los desentrañó de la hondonada de nuestros valles calchaqufes, o de la planicie de nuestras pampas; pues fué el doctor Ambrosetti quien clasificó y estudió — en rudas alboradas, — con amor de artista y paciencia de sabio, los dispersos eslabones que nos vinculan al pasado aborigen, cuyos dioses seducen como los del Olimpo de las razas gloriosas, y cuyo arte primitivo de vistosos y abigarrados tonos, hace soñar, con el sueño de los prerrafae-

listas, en un posible renacimiento estético: nutrido con savia de la tierra india y coronado por la civilización greco-latina: de fulgor amplio y eterno.

Señores, honrado por el «Centro de Filosofía y Letras», cuya representación asumo en este instante, os dirijo estas palabras al inaugurar en su nombre el busto del doctor Ambrosetti, obra de un joven escultor argentino; que en él perdure el cariño que los estudiantes de la casa profesaron a su maestro, y simbolice, en este rincón sereno del Buenos Aires mercantil y bullicioso, el ideal de una vida entregada con amor a las nobles disciplinas del largo estudio.

LIGA PRO LEY LEY PROFESORADO SECUNDARIO.—Accediendo a lo que en ella se solicita, transcribimos la siguiente comunicación recibida de esta Liga:  
ella se solicita, transcribimos la siguiente comunicación recibida de esta Liga:

Señor Director de la Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.

Estimado señor:

La Liga «Pro Ley del Profesorado de Enseñanza Secundaria», a la que se habían adheridos los centros estudiantiles cuya nómina figura impresa en la presente y los del Instituto Superior de Educación Física y Academia Nacional de Bellas Artes, ha constituido, para el año presente, su mesa directiva en la siguiente forma: Secretario General, F. Villafior; Secretario de Actas, N. Rosendaser; Tesorero, P. Díaz, de la Facultad de Filosofía y Letras, Instituto del Profesorado de Enseñanza Secundaria y Academia de Bellas Artes, respectivamente.

Ante el extraño y arraigado criterio de nuestros gobernantes, puesto de manifiesto al olvidar que el estado emplea anualmente ingentes sumas en el mantenimiento de instituciones destinadas a proporcionar a la enseñanza secundaria, el personal idóneo necesario, y al llenar la generalidad de las cátedras vacantes de elementos ajenos a la profesión, con grave perjuicio de la instrucción pública confiada a personal adventicio e improvisado y el consiguiente desaliento de los profesionales, que defraudados en sus legítimas esperanzas y vocación, vense obligados a buscar, fuera de la docencia, campo para sus actividades; ha resuelto esta liga intensificar los trabajos y gestiones, que tendientes a modificar tal estado de cosas hicieran necesaria su fundación.

Esta paradójica situación, verdaderamente inexplicable para el extranjero culto que desconociera nuestro triste ambiente político, ha sido mantenido, con notísimas excepciones, por todos los ministros de instrucción pública que ha padecido nuestro país. Incongruencia reprochable que extremada en otras esferas, se ofrecería en el hecho, no más extravagante

sin duda, de que el poder ejecutivo designara oficiales del ejército o médicos de sus hospitales a individuos no egresados de las academias correspondientes.

Estas consideraciones y las múltiples de otro orden que se ofrecen al que tales aspectos considera, serán expuestas en el ciclo de conferencias que esta corporación auspicia, y a cuyo objeto ha designado a los delegados: doctores Arturo Vázquez Cey y L. Magnin y profesor Gregorio Bermann, para que las dicten.

Obrando en su poder una lista de los egresados que aun permanecen sin destino, ejercerá una fiscalización constante en todo nombramiento a producirse, para denunciar por medio de la prensa cada nuevo atentado a los derechos adquiridos.

En el deseo de salir de una mera actitud de crítica pasiva, tiene en estos momentos en elaboración, un proyecto de ley destinada a prevenir los males enunciados, proyecto que propiciará ante los poderes legislativo y ejecutivo, de los que en oportunidad solicitará audiencias en que pueda defender las razones que la sanción del mismo aconsejan.

Rogando al señor director quiera dar noticia de este envío, me es particularmente grato significarle las seguridades de mi más alta consideración.

FRANCISCO VILLAFLORES.

Secretario General.

UN MAL PROFESOR.—En cierta publicación estudiantil ha aparecido, no hace mucho, un artículo donde un alumno de la casa ataca en forma desconsiderada a su profesor el doctor Calixto Oyuela. Es la segunda vez en poco tiempo que una cosa análoga sucede en esta casa: pocos meses atrás fué una carta abierta, en que otro alumno, a nombre de cierto colegio de estudiantes que se proponía revisar todas las reputaciones intelectuales, decía a un profesor que era un ignorante y debía renunciar a su cátedra. Por desagradable que nos sea censurar acciones de condiscípulos, debemos condenar estos hechos, en obsequio a nuestra propia dignidad, si es que no se quiere tener en cuenta la de la institución a que por ahora pertenecemos. Esta especie de maximalismo que ahora cunde y que está reñido con el respeto que se debe a las instituciones del estado, no es más que una manifestación de ese individualismo anárquico, enemigo de todo lo que sea orden y disciplina, que por desgracia está todavía demasiado arraigado en nosotros, pues es un obstáculo para la verdadera cultura. Podrá haber deficiencias en nuestra Facultad como en los demás establecimientos de enseñanza y podemos individualmente pecarnos de ellas y lamentar las ilusiones que nos hayan hecho perder, pero cuando no se trata de evidentes injusticias, nosotros, los alumnos que todavía no hemos completado el círculo de nuestra cultura, no estamos capacitados para juzgarlas públicamente hasta que no hayamos reco-

ruido hasta el fin las disciplinas del establecimiento. Sólo entonces, si con criterio más reposado y con mayores elementos de juicio reconocemos que nuestros esfuerzos han sido malogrados por deficiencias de la casa o insuficiencia de profesores, será el momento de decirlo, esta vez con alguna autoridad y razón, y no para desprestigiar la Facultad, sino para contribuir a su mejoramiento.

La causa del mencionado artículo parece ser una clase donde el profesor doctor Oyuela, estudiando los factores étnicos del pueblo italiano cuya literatura iba a enseñar, llegó a la conclusión de que no se podía hablar, con verdad etnológica de la raza latina. El articulista ha visto en estas palabras un ataque a uno de los bandos que actualmente luchan en Europa al cual le unen sus simpatías, y esto le ha movido a hablar con tanto descomedimiento de su profesor. Es cierto que el doctor Oyuela ha demostrado tener marcada preferencia por uno de los beligerantes y si se admite (como pudiera ser) que algo de eso se transparentase en su exposición, se explicaría la indignación del articulista como un impulso sentimental. Pero en los hombres el sentimiento debe estar regido por la razón, sobre todo tratándose de personas que aspiran a una cultura superior, y no debe olvidarse que la docencia universitaria es libre y por lo tanto los profesores no están obligados a tener tales o cuales preferencias. Si el doctor Oyuela es germanófilo, tiene perfecto derecho de serlo: podemos lamentarlo desde nuestro punto de vista personal, pero no podemos negarle ese derecho, que sería negarnos a nosotros el de tener preferencias contrarias; y adviértase que el nombre de quien escribe estas líneas es una garantía de su amor a la causa de Francia, pero esto es cuestión de afectos que no nos hará olvidar que el doctor Oyuela es un profesor de la casa cuyos alumnos somos, y que por lo tanto, no tenemos derecho de insultarlo por eso ni de llamarlo mal profesor, lo que, además de ser una insolencia, es falso, puesto que se trata de un hombre que ha enseñado durante treinta años y cuya obra literaria ha sido mencionada con aplauso por hombres de la talla de Menéndez y Pelayo.

Finalmente, y cuando no se quisiera tener en cuenta las razones anteriores, queda para condenar este hecho, la fealdad moral de la conducta de un adolescente que, apenas iniciado en los estudios universitarios, se lanza a hablar públicamente con tanto descomedimiento de un hombre casi anciano que es su profesor.

CONFERENCIAS.—Para cumplir con uno de los propósitos de este Centro, prescripto por el inciso c del artículo 2º de sus estatutos, existe una comisión encargada de patrocinar conferencias «de profesores y personas de prestigio intelectual», según reza el inciso citado. Nada hay en esto que no sea acertado, pero lo vago de la expresión «personas de prestigio intelectual» puede dar lugar a desagradables resultados si la comisión de conferencias no procede con mucho tino y con un elevado sentido de

la dignidad de nuestros estudios; porque puede haber personas que tengan prestigio intelectual en algunos círculos, por ejemplo en asociaciones extranjeras o regionales, donde ciertas disciplinas serias como la arqueología, la filología, etc., se conocen a lo sumo de nombre, y que, traídas a una Facultad como la nuestra donde hay cátedras de estas materias, no podría hacer sino mover a risa.

Como la citada comisión de conferencias se renueva cada año, junto con la C. D. del Centro, confiamos en que la nueva se preocupará más de la calidad que del número de conferencias que patrociné en esta casa, pues para el desahogo de ese prurito de disertación pública que existe en Buenos Aires, no faltan institutos, ateneos y hasta universidades de una especie muy particular.

Y ya que hablamos de la manía de las conferencias, para demostrar que otros mejores que nosotros son de igual opinión, no holgará reproducir los siguientes párrafos, publicados en «La Nación» del 9 de mayo último, que pertenecen a la memoria anual de uno de los más ilustrados y capaces rectores de colegios nacionales, el doctor Luis R. Gondra: «Hay otra manera de acción externa que está en boga, y que ha dado en llamarse «extensión secundaria y universitaria». Declaro a V. E. que no se practica en este colegio. La educación secundaria tiene fines bien determinados; y para realizarlos se fijan precisamente planes de estudio, programas y reglamentos que definen la acción de maestros y alumnos. Ahora bien: o el colegio realiza sus fines, y en tal caso alumnos y maestros tienen sobrada tarea dentro de lo que prescriben los reglamentos; o no los realiza, y lo que sobre es, cabalmente, la extensión de marras. Por lo demás, la experiencia muestra que los desahogos de la extensión constituyen un síntoma inequívoco, entre otros muchos que podrían señalarse, de la «conferencia», grave mal que aflige a la civilización contemporánea y que no lleva trazas, a lo que puede verse, de lograr remedio. La conferencia es funesta para los jóvenes: fomenta en ellos la charlatanería, la oratoria huera y sobre todo modalidades espirituales propias de los Dulcamaras de feria, de todo punto reñidas con la sobriedad del hombre culto que la sociedad argentina necesita».

TESIS PREMIADA. — El tribunal constituido en la Facultad de Ciencias Médicas para otorgar el premio White a la mejor tesis de medicina legal, ha designado este año para recibirlo el trabajo del doctor Osvaldo Loudet «La Pasión en el Delito», de que se dió noticia en el N° 39-40 de esta revista. Nos complacemos en consignar este hecho, porque el doctor Loudet, hoy presidente de la Federación Universitaria Argentina, ha tenido una larga actuación en los centros estudiantiles, durante la cual supo conquistar el aprecio y la simpatía de los que le trataron.

## CONFLICTO UNIVERSITARIO

Nuestros lectores han de estar al tanto de los acontecimientos que se producen en Córdoba a raíz del conflicto surgido entre los estudiantes y el rector. Como, hasta el momento de cerrar la presente edición, ninguna rápida solución se vislumbra y como, hacer una crónica de los sucesos, resultaría tardía, nos limitamos simplemente a hacer constar que nuestro Centro fué entre los primeros que se adhirieron al movimiento estudiantil de Córdoba y que, antes que la Federación Argentina lo proclamara, nuestro Centro, por unanimidad, resolvió decretar la huelga por 2 días como acto de solidaridad.

Hoy, estando los ánimos más tranquilos, nada podemos anticipar sobre los resultados.

El próximo congreso universitario a celebrarse en Córdoba y a donde concurrirá, como delegado por la Federación de Buenos Aires, nuestro Presidente, está llamado a dar normas radicales que han de remover profundamente todos los problemas que atañen a la vida universitaria de Córdoba y del país entero. Hállanse entre nosotros, en estos momentos, el Presidente de la federación cordobesa y otros delegados con el fin de producir algún movimiento a favor de su causa; un mitin en la Federación de Buenos Aires se realizó el 4 de Julio; otro mitin el 11 de Julio; una asamblea de la federación local ha durado tres laboriosas sesiones, etc., etc. Como puede colegirse, es evidente una verdadera efervescencia en los ánimos de los estudiantes universitarios y estamos seguros que este movimiento ha de marcar una nueva etapa para la evolución de nuestras universidades.

«Federación Universitaria Argentina. A los estudiantes del país: La Federación Universitaria Argentina, organismo representativo de las Federaciones Universitarias de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Santa Fe y Tucumán, reunida en la fecha, después de estudiar serenamente el conflicto universitario de Córdoba y

### CONSIDERANDO:

1º Que dicho conflicto tiene su origen en haberse desvirtuado en la práctica la inteligente reforma de los Estatutos de dicha Universidad, propiciada por el doctor José Nicolás Matienzo, pues en la elección de Rector se ha hecho uso de medios inconfesables para dar el triunfo a una tendencia adversaria de los ideales de la juventud universitaria.

2º Que bajo el punto de vista legal esa elección es nula, por cuanto no se ha dado cumplimiento a lo prescripto e nel artículo 9 cap. 2º del Estatuto universitario.

3º Que habiendo agotado esta Federación los medios conciliatorios, pidiendo al doctor Nores una renuncia patriótica, y la respuesta de dicho señor a los estudiantes de Córdoba, ha sido: *prefiero que quede el tendal*

*de cadáveres de los estudiantes, pero yo no renuncio*, lo que significa una ofuscación incomprensible en un Rector de Universidad, que exponemos a la consideración pública del país.

4° Que los sucesos lamentables ocurridos en la Universidad el día de la elección, si bien han producido una pequeña disidencia de 100 alumnos sobre un total de 2.000, no invalidan la justicia de los principios sustentados por los estudiantes cordobeses, por cuanto han sido provocados por elementos extraños a la Universidad y no han sido en ningún momento propósito de la juventud.

5° Que los hombres de mayor representación intelectual de esa ciudad universitaria y de la Capital Federal, han manifestado su simpatía decidida por la causa estudiantil, dándole a la misma una alta sanción moral.

6° que consultadas las Federaciones Universitarias de Buenos Aires, La Plata, Santa Fe y Tucumán, han manifestado su adhesión a los principios que sostiene la juventud universitaria de Córdoba.

#### LA FEDERACION UNIVERSITARIA ARGENTINA

##### RESUELVE:

Art. 1° Declarar la huelga general Universitaria por el término de cuatro días a contar desde la fecha, en las Universidades de Buenos Aires, La Plata, Santa Fe y Tucumán.

Art. 2° Encomendar a las autoridades de las Federaciones locales el cumplimiento de esta disposición.

Art. 3° Recomendar serenidad y cultura en el desarrollo del movimiento universitario.

Art. 4° Difundir en las Asambleas que se realicen los altos ideales por los que lucha la juventud.

Art. 5° Comunicar a las autoridades universitarias de la República el móvil de este acto de solidaridad.

Art. 6° Comuníquese, publíquese, archívese.

Buenos Aires, Junio 19 de 1918.

La Federación Universitaria de Buenos Aires hace constar que este movimiento de adhesión a los camaradas de Córdoba, no implica en modo alguno una irreverencia hacia las autoridades de nuestra universidad.

Invita además a los estudiantes de Ciencias médicas, Ciencias Físicas, Exactas y Naturales, Derecho, Filosofía y Letras, Ciencias Económicas, Agronomía y Veterinaria, así como a los de enseñanza secundaria y a todos los ciudadanos que simpaticeen con su causa, a concurrir al gran meeting que tendrá lugar el Sábado 22, por la tarde, para solicitar del Presidente de la República, envíe nuevamente la intervención a la Universidad de Córdoba.

Oportunamente se anunciará hora y sitio de concentración.—*La Comisión Directiva.* — *Oswaldo Loudet*, Presidente. — *Hiram Pozzo*, Secretario General.

## BIBLIOGRAFIA

---

UNA TESIS GEOGRAFICA.—Con motivo de la noticia bibliográfica publicada con este título por nuestro colaborador el señor R. Ardissonne en el último número de VERBUM sobre la tesis de la señorita Artemia V. Lavelli, hemos recibido de la autora las siguientes líneas que según sus deseos publicamos, aunque estimamos que nada había en las palabras del señor Ardissonne que pudiese motivar la acritud de esta respuesta.

Buenos Aires, Mayo de 1918.

Al señor Ardissonne:

Me dispongo a leer los artículos que contiene el N° 41-42 de la Revista del Centro de Estudiantes, de esta Facultad de Filosofía y Letras; para luego hacer apreciaciones (no se entienda «críticas», porque yo, tal lujo no me lo permito) cuando en cierta página, veo mi nombre.

Eso me causa un poco de extrañeza, y pienso en una equivocación, pero, mirando mejor me doy cuenta que se trata de mí, mejor dicho, de mi tesis de Geografía Humana, sobre «Habitación aborigen en la República Argentina».

Miro la firma y veo que se trata de una persona que es toda una autoridad en la materia y en la crítica literaria.

Sin embargo esta vez, no ha acertado del todo; por ej.: principiando, dice dicho señor: «En la República Argentina, fácil resulta la investigación, si tiene por objeto la habitación aborigen histórica y prehistórica, debido al buen número de obras serias, sobre arqueología y etnografía, que presentan suficientes datos de juicio...» y esto, permita señor Crítico, que le diga, que no es cierto.

Convengo con usted en que hay obras buenas de arqueología y etnografía; sin embargo no es posible afirmar que «presentan suficientes datos de juicio, si ellas, han de servir de fuente para un tema como el de «habitación», del que poco o casi nada se ha escrito, como usted mismo termina por reconocerlo, cuando afirma más abajo, ser el mío «el primer ensayo metódico que se intenta» (ensayo deficiente, todo lo que usted quiera) ¿no es así?

Más adelante, nota entre las deficiencias, una equivocación que no me parece de tanta importancia, porque, por escasa inteligencia que po-



sea la persona que al leer mi bibliografía, se le ocurra consultar «Los Tobas» de Niklison, aunque allí aparezca como folletín de «La Prensa», en vez de «La Nación», creo no le impedirá eso, llegar a dar con dicho estudio.

En cuanto a los errores de imprenta ¿qué quiere que le haga, señor Crítico, si algunos, como no niego que los haya (pero no tantos como usted dice) pueden haberle dificultado la lectura? No he sido yo el impresor, así que creo, está demás, me achaque eso, entre las deficiencias.

Otra desgracia, que lamento es mi «redacción oscura» y mi «estilo duro», que ¡quién sabe, cuántos dolores de cabeza y cuál consumo de aspirina habrán proporcionado al señor Crítico!

Pero, como todos no hemos nacido con marcadas aptitudes literarias, no podemos poseer esa fluidez de palabra y ese estilo fácil, llamo, que caracteriza y da por lo tanto autoridad y capacidad para la crítica.

Respecto a la mala puntuación, creo que nadie, mejor que yo, pueda interpretar lo que escribo y por tanto saberlo puntualizar (donde sea necesario o lo crea conveniente, aunque se trate de un crítico, por mucha autoridad que tenga o crea tener.

Por último, por molesta que haya sido la lectura del trabajo, me consuela saber, que ha podido descifrar todo, (menos una frase).

Y dicha frase, seguramente no la ha entendido, porque he hablado de «lujuriosa vegetación tropical» allá en cierta parte de la Tierra del Fuego, pero sepa señor Crítico, que esa, no es una metáfora mía, y si no, léase algunos exploradores de dicha región, entre otros, a C. Gallardo, en su obra «Los Onas» y verá en qué términos se expresan.

En conclusión, no sé cómo agradecer al señor Ardissonne, todas las deficiencias que me ha hecho notar en mi trabajo; y por suerte, la próxima tesis para el doctorado, llegará a ser algo, no digo perfecta, porque no creo en la perfección, pero algo: «no criticable», porque he dado con un crítico, al examen del cual la someteré antes de entregarla a la Comisión examinadora, de la Facultad.

ARTEMIA V. LAVELLI.

HISTORIA DE LA LITERATURA ARGENTINA. Tomo II, Los Coloniales, por Ricardo Rojas.—1 volumen de 215 x 140, págs. VIII-662 con 122 figuras; Librería «La Facultad».—Continuando la obra emprendida con admirable tesón, acaba de publicar el señor Ricardo Rojas el segundo tomo de su historia de nuestra literatura. Como lo indica el subtítulo, están estudiados en este volumen, con amplia y segura información, las manifestaciones literarias en la región del Virreinato del Río de la Plata, desde la fundación de las primeras ciudades hasta la generación que actuó en la revolución de mayo. Como no se puede hablar de una obra de este género sin un completo conocimiento de ella, damos a continuación los epígrafes de sus capítulos, dejando para más adelante una noticia que ahora tendría que ser superficial: Capítulo preliminar. — Primeras co-

lonias del Plata. — El poema Argentina de Barco Centenera. — Historiadores primitivos de Indias. — Primer ensayo de una historia argentina. — Libros de la conquista espiritual. — Tejeda, primer poeta argentino. — La escuela teocrática de Córdoba. — Expulsión de la Compañía de Jesús. — La poesía en la sociedad virreinal. — El poeta Don Manuel Labardén. — Orígenes del laicismo porteño. — Cancionero de las invasiones inglesas. — Crisis de la cultura colonial. — Cantos de la epopeya americana. — El clasicismo de Juan Cruz Varela. — Últimos escritores coloniales. — Resumen sobre los coloniales.

ARGIA, (Contribución al estudio histórico del Teatro Argentino), por Alfonso Corti. Tesis presentada para optar al grado de Doctor en Filosofía y Letras. El señor Corti que durante su permanencia en esta casa se había hecho notar por algunos trabajos serios de investigación histórica sobre otros puntos de la literatura argentina, como el Ollantay, nos acaba de dar con el citado estudio una muestra de la saludable reacción que contra la vana e inconsulta palabrería empleada por lo general tiende a producirse en el estudio de nuestra literatura, desde que ella es objeto del severo y metódico análisis a que la somete en su enseñanza el señor Ricardo Rojas.

La tesis del señor Corti tiene por objeto poner de manifiesto todos los elementos que han concurrido a la formación de la Argia de Juan Cruz Varela, y así, después de caracterizar el ambiente literario donde se educó el poeta, primero en la Universidad de Córdoba, y luego en Buenos Aires en cuyos círculos literarios, como en casi toda Europa, regían por entonces las leyes del pseudo-clasicismo francés con Boileau por árbitro, se detiene a mostrar, analizando personajes y situaciones de la obra, su conformidad con los preceptos de la retórica aristotélica y horaciana, según los exponían a su modo el legislador del Parnaso y sus discípulos españoles, como Luzán. A continuación pasa el autor a estudiar larga y minuciosamente la considerable influencia que sobre la tragedia de Varela ejercieron las de Alfieri, principalmente Antígona y Polinico, que son los modelos inmediatos de la Argia, haciendo notar la diferencia de valores entre modelo e imitación, en virtud de la desigualdad de sus autores y lo diverso del ambiente en que uno y otra se produjeron, y esta parte, que es la más extensa del trabajo, es lo que cabalmente hacía falta hasta ahora para apreciar debidamente la obra del poeta argentino que, si permanece a gran distancia de sus modelos, tiene el mérito de haber sido uno de los pocos que en nuestra literatura intentaron elevarse hasta las formas superiores del arte.

LINO DUARTE LEVEL. — *Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela*. Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo. Biblioteca Ayacucho. Editorial América, Madrid.

Abarca este libro la historia de Venezuela desde el descubrimiento y conquista hasta las postrimerías de la guerra de la independencia. Iníciase la obra con un párrafo preliminar relativo a los aborígenes de la región de las Guayanas y de Venezuela propiamente dicha. A pesar de la división en numerosos párrafos y capítulos, puede decirse que hay en este trabajo dos grandes secciones: la colonial y la independiente. En la primera tiene un cierto predominio el estudio de la faz civil de los sucesos, pero en la segunda, que comienza con un capítulo sobre «La primera patria», se entra francamente en la historia militar.

Entre los párrafos de la parte colonial merecen citarse los que versan sobre la colonización, la academia de matemática y el año terrible 1801. Dentro de la relativa extensión de la obra, que podríamos calificar de compendio existen algunos asuntos tratados con buen aporte documental.

Inicia el estudio de la independencia, metodiza el asunto, tratando, en primer término, las causas externas o factores, reducidos a los tres siguientes: la situación de España en sus relaciones con Venezuela, la independencia de los Estados Unidos, y la acción de Inglaterra. En cambio considera que la acción de la revolución francesa fué muy secundaria. Sin embargo, para mayor claridad convendría advertir que al primero de los factores, en el curso de su exposición, lo hace de carácter interno más bien que externo. Termina, realmente la historia civil, con la declaratoria de la independencia, por cuanto los capítulos IV, V y VI, según podrá colegir el lector por sus títulos (las derrotas, grandes campañas y cuadros antiguos), son totalmente de historia militar. Y corona la obra con una serie de pequeñas narraciones de «Fastos militares», que comprenden a los llamados batallones de «La guardia»; a través de este relato el autor propónese demostrar el vigoroso espíritu militar, que campeó en las fuerzas pertinentes como una consecuencia del análogo espíritu español.

Sin pretender juzgar la orientación del autor al ocuparse de los hechos históricos de Venezuela, debemos hacer constar que la lectura de este trabajo es provechosa, por cuanto nos familiariza un tanto con la historia de nuestra república hermana.

E. R

## PUBLICACIONES RECIBIDAS

---

- Revista de Ciencias Económicas*, N.º 59.  
*Revista del Centro Estudiantes de Ingeniería*, N.º 190  
*Revista del Centro Estudiantes de Odontología*, N.º 5.  
*Revista del Centro Estudiantes de Doctorado y Farmacia*,  
N.ºs 3—4.  
*Boletín de la Academia de Ciencias de Córdoba*.  
*Estudios*, N.º 84.  
*Ateneo*, N.º 2.  
*La Nave*, N.ºs 20 y 21.  
*Dante*, de Bogota, N.º 3.  
*Boletín de la Liga de Educación Racionalista*, N.º 28.  
*Ideas*, N.º 16.  
*Nosotros*, N.º 109.  
*Revista de Seguros*, N.º 8.  
*Boletín de la Protectora de Niños, Pájaros y Plantas*.  
*Inter-América*, Nueva York, N.º 4.  
*Catálogo de publicaciones de la Junta para la ampliación de  
Estudios*, de Madrid.  
*Zeitschrift des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins*, N.º 2.
- 
-

## Sección Oficial

---

A los 30 días del mes de Abril de 1918, siendo las 6.30 p. m. se reunió el Colegio Electoral, previamente convocado por el Presidente, señor Gregorio Bermann, bajo la presidencia del señor Juan M. Casinelli. Inmediatamente se procedió a la elección de la Comisión Directiva, para el período 1918-1919 en la forma establecida por el art. 50 de los Estatutos, siendo elegidos los señores: Jacinto J. Cuccaro para Presidente con 11 votos, para vice Presidente la señorita Beatriz Blanco con 11 votos, para Secretarios los señores Demetrio Acosta y Juan Viacava con 11 votos, para Tesorero el señor Juan Probst con 11 votos, y para pró Tesorero la señorita Ada O. Caballer.

Siendo las 7.30 p. m. se dió fin al acto; en fe de lo cual firman el Presidente y los Electores del Colegio Electoral.

### PRIMERA SESION ORDINARIA DEL 13 MAYO 1918

Presentes: señores Cuccaro, Acosta, Blanco, Probst, Caballer, Viacava, Saint Martin, Sáenz Samaniego, Ardissonne, Camaño, Von Semasco, Araujo, Ferrario, Piñero. Se trata lo siguiente:

—El Presidente invita a los miembros de la C. D. a asistir puntualmente a las sesiones.

—Delegados a la Federación, resultan elegidos: Francisco Camaño 9 votos, Demetrio Acosta 6 votos y José Piñero 5 votos.

—Director de VERBUM es elegido por 9 votos el señor Enrique François.

—Nota al Director de VERBUM, indicándole que la C. D. vería con agrado que la revista apareciera puntualmente.

—Proyecto: El señor Araujo y el señor Bonardi, presentan un proyecto de reorganización de Secretarías que pasa a estudio de una comisión.

—Pagos: El señor Probst propone que a los socios que paguen un año adelantado, se les cobre sólo \$ 10.00. Se aprueba.

—Manifiesto: El señor Ferrario propone que se dirija un manifiesto invitando a los señores alumnos a asociarse al Centro.

## SEGUNDA SESION ORDINARIA DEL 20 DE MAYO 1918

Presentes: señores Cuccaro, Blanco, Viacava, Probst, Cavaller, Saint Martin, Ardissonne, Camaño, Jarcho, Piñero, Ferrario, Bonardi, Araujo. Se trata lo siguiente:

—Se aprueba el acta anterior.

—VERBUM. Se nombran los redactores propuestos por el señor Director: señor Halperin por 12 votos, señor Moyano por 11 votos, señor Confalonieri por 10 votos, señorita Courtade 9 votos.

—Homenaje al Dr. Ambrosetti. Se nombra al señor Jorge M. Rohde para representar al Centro.

—Pro ley del Profesorado. Nota a los delegados de esta Facultad para que den cuenta de los trabajos realizados.

—Exámenes de Julio. Se aprueba el envío de la nota pertinente.

—Pedido de local. De acuerdo como lo marcan los Estatutos se solicita al señor Decano un local para la Secretaría del Centro.

—Comisiones internas: Se autoriza a la Presidencia para su formación.

—Creación de cursos: Se aprueba el proyecto de los señores Cuccaro y Probst de crear cursos de idiomas vivos para los socios.

—Nota de protesta: Se aprueba la moción formulada por el señor Ferrario, en la cual protesta porque la libertad de prensa es coartada en Mendoza.

## TERCERA SESION ORDINARIA, JUNIO 10 1918

Presentes: señores Cuccaro, Viacava, Probst, Cavaller, Saint Martin, Ardissonne, Jarcho, Piñero, Almeida, Antinore, Ferrario, Bonardi.

—Se aplaza la lectura del acta.

—«Bases pro Reforma Universitaria», por M. A. Márquez. A indicación de la Presidencia se aplaza la consideración de esta nota.

—VERBUM. Se nombra redactora a la señorita Dedomo, propuesta por el señor Director.

—Se da lectura a una nota de la F. U., en la que se invita a los señores delegados a asistir a una asamblea.

—«La Unión» envía una carta solicitando la remisión de VERBUM. Se da traslado al señor Director.

—La Secretaría de la Facultad acusa recibo de la nota enviada, en la que se le comunicaba las nuevas autoridades de este Centro.

—Jorge M. Rohde, agradece y acepta la designación para representar al Centro en el homenaje al Dr. Juan B. Ambrosetti.

—Licencia. Se concede al señor Bonardi permiso para faltar a las sesiones del corriente mes.

—Renuncia. Se suspende la consideración de la renuncia del señor Malmierca como socio activo y se comisiona al señor Presidente para que solicite del renunciante la causa de aquélla, por considerar su conocimiento necesario a los intereses de la C. D.

—Alumnos libres. La presidencia propone, que se acepten alumnos extraños a la casa para los cursos de idiomas vivos.

#### SESION EXTRAORDINARIA, JUNIO 18 1918

Presentes: señores Cuccaro, Blanco, Viacava, Probst, Cavaller, Ardissonne, Jarcho, Araujo, Antinori, Piñero, Ferrario.

—Movimiento Universitario Cordobés: Hasta tanto la F. U. A. no resuelva algún temperamento a seguir, se invita a los alumnos de esta casa, a no asistir a las clases durante los días 20 y 21 del corriente, como acto de adhesión a los estudiantes de Córdoba.



# Informe de la Tesorería

ESTADO DE CAJA AL 31 DE MAYO DE 1918

ENTRADAS	SALIDAS
Existencia en Caja 10	Gastos varios..... \$ 94.85
de Mayo..... \$ 155.75	Saldo a Junio..... » 308.90
Cuotas de socios activos » 141.00	<u>\$ 403.75</u>
Cuotas de socios pro-	
ectores..... » 81.00	
Cuotas de ingreso.... » 12.00	
Revistas atrasadas.... » 12.00	
Apuntes de biología... » 2.00	
<u>\$ 403.75</u>	<u>\$ 403.75</u>

JUNIO de 1918

Saldo del mes		por pago a cuen-
de Mayo....	\$ 308.90	ta VERBUM.. \$ 100 —
cuotas socios		por gastos pe-
activos..... \$ 159.—		queños..... » 24.— \$ 124.—
cuotas socios		Saldo a Julio
protectores.. » 198.—		<u>\$ 576.40</u>
cuotas de in-		
greso..... » 20.—		
venta deapun-		
tes, etc..... » 5.50 » 391.50		
	<u>\$ 700.40</u>	<u>\$ 700.40</u>

NOTA: Se ruega a los señores socios a retirar sus recibos y la Revista en el local del Centro.

Hasta el 15 de Agosto se aceptan pagos de la cuota anual de \$ 10, (año del 1.º de Mayo 1918—30 de Abril 1919), deduciéndose de este importe las cuotas mensuales ya abonadas después del 1.º de Mayo 1918.

Según resolución de la comisión directiva se ha elevado la cuota de ingreso para alumnos que ya han sido una vez socios del Centro a \$ 5 c/l., disposición que rige desde el 1.º de Setiembre próximo.

Se ruega avisar a la tesorería todos los cambios de domicilio a la brevedad posible.

JUAN PROBST  
Tesorero



# LISTA DE SOCIOS

## SOCIOS PROTECTORES

Jr. Anargiros Pastor	Dr. Morel Camilo
Dr. Cabral Jorge	Dr. Nirenstein Mauricio
Dr. Capello Francisco	Dr. Obligado Rafael
Dr. Carbia R. D.	Dr. Outes Félix
Dr. Cranwell Ricardo E.	Dr. Oyuela Calixto
Dr. Debenedetti Salvador	Dr. Piñero Horacio
Dr. García Juan A.	Dr. Piñero Norberto
Dr. Juliáñez Héctor	Dr. Quesada Ernesto
Dr. Lafone Quevedo Samuel	Dr. Ravignani Emilio
Dr. Lehmann Nitsche R.	Dr. Rodríguez Etchar Carlos
Dr. Matienzo José Nicolás	Dr. Rivarola Rodolfo
Dr. Matienzo Agustín N.	Sr. Rojas Ricardo
Dr. Martini Rómulo	Dr. Senet Rodolfo
	Dr. Wechler Teófilo

## SOCIOS ACTIVOS

Acosta Demetrio	Burzia, Blas
Acosta, Clara Lydia	Caballer Ada
Aicardi, Emilio E.	Camaño Francisco
Alberini Coriolano	Camelas, Andrés C.
Almeida Pedro	Carbone, Amelia
Alzú Juana	Carmodi, Zulema R.
Aparicio Francisco de	Carretero Diego
Araujo Rolando Eduardo	Casares Tomás D.
Ardissonne Romualdo	Cassani Dolinda
Arrizabalaga María M.	Cassinelli Juan M.
Ascoaga Eulogia	Cepital, Julia
Baima Margarita	Clara Dolores M.
Balán Celina	Coda Josefina
Barni Alberto	Confalonieri, Orestes
Barrenechea, M. Antonia	Conrado Raúl
Belansteuguioitia, L. M.	Copello Amelia
Benítez Carolina	Coppola, Norberto César
Benítez, Soledad	Cosa Luisa
Bergara Dolores	Courtade Ida S.
Bergmann, Rosa	Crivelli Arnoldo
Bermann Gregorio	Crozza, Clementina
Bidome, Humberto	Cuccaro Jacinto J.
Binayán, Narciso	Cúneo A. Santiago (hijo)
Bistoni Clara	Dantas Lacombe Mercedes
Blanco Beatriz	De Alberti David
Blasetti Juana	De Diego, Rafael
Bogliolo Carlos	De Girolamo, José V.
Bomchil, Esther	Decouvette, Lydia
Bomchil, Olga Perla	Dedomo, María Teresa
Bonardi, Silvio E.	Deseo Emilia
Bronstein León	Deymonnaz, Esther A.
Brugnoli Matilde	Diard Inés J.
Bontempi Luis	Díaz Bazán, María Lyda
Bossi Ana	Doughi, Renata
Bregante Olidia	Eiras María Luisa

Elicabe, María L. de  
Espil, Simón  
Falcón Luis  
Fernández, Carmen  
Fernández, Teógenes  
Ferrario, Angel  
Figueroa Julia  
Fleury Estanislao  
Fornade, María G.  
François Enrique  
Gadea, Leonor  
García, Dolores  
Genard, Lola  
Gil Montero Rosendo  
Girard Eulalia  
Goldney Clifton Gregori  
González María Teresa  
Guillón Luciana  
Guerrero Luis Juan  
Halperin Gregorio  
Hamnewarh Rosalía E.  
Hevia Paul, Consuelo  
Ibarra, Ana L.  
Icart Elena  
Jantorno, Haydée  
Jarcho, Isabel  
Josch Octavia  
Jover, Anselmo  
Juhiano Nicolás  
Lasca Virgilio  
Lagorio Amelia  
Lapido Manuel  
Lavelli, Artemia V.  
Lederer, Julio  
Leibovich, Alejandro  
Listar Néctor  
López María A.  
López, Sara  
Luna Juana  
Luther, Ana  
Maggioli, Adua  
Magnanini, Luis  
Malmierca Joaquín  
Manulis, Isaac  
Maradona Clemente  
Martín Gaspar  
Matharán Luis  
Mauriño Elena  
Melgar María E.  
Mendilaharzu Arturo  
Merlini Enrique  
Moran Celia  
Mouriño, Elena  
Mouzet, Teresa  
Moyano Osmán

Muller, Carla v.  
Nieto Arana M. E.  
Noriega, María E.  
Olguin, P. Dora  
Olivero, Jorge  
Olivera Dugour, Ernesto  
Paleos, Alberto  
Pariante Celestina  
Paulsen Ema L.  
Pelosi Antonio  
Peralta Santiago  
Pereyra, Santiago  
Pérez, Eva España  
Piccolo Josefina  
Piñero José R.  
Pita, Lola  
Probst Juan  
Puig Arturo  
Rachoulet Magdalena  
Ramírez Clotilde  
Reydó Ruth Raquel  
Riquebourg, Adrián  
Rivero Duffy Valentina  
Rodríguez Ernesto  
Rodríguez Inés M. de  
Rivota, Celia  
Rodríguez, Manuel  
Rodríguez Rafael  
Rohde Jorge M.  
Rojas, María Pastora  
Romariz Elizalde Alberto  
Roncoroni Ana  
Sáenz Samaniego Agustín  
Saint Martín Ernestina  
Salthú María I.  
Schneider Mauricio  
Sejeán, José  
Semaseo, Elina von  
Serial Brantua, Pedro F.  
Sotelo Ernestina J.  
Soubié Emilia  
Spinack, Aarón  
Suárez Anzorena Carlos  
Suárez Elena  
Susini Sara  
Tacchi Aurelia  
Tarsia, Arnaldo  
Uzal, Delia  
Veyga Francisco de (hijo)  
Viacava Juan  
Viacava Zulema  
Villamil César A.  
Villegas María Alcira  
Zavalía, María Josefina  
Wien Brunhilda

## APENDICE

---

*En vista de las dificultades que encuentran los alumnos de literatura griega para obtener textos clásicos, hemos creído oportuno agregar este apéndice donde publicaremos algunas composiciones de los poetas que este año se estudian. En números siguientes completaremos esta serie de fragmentos de los poetas elegíacos con otros de los yámbicos y mélicos.*

LA DIRECCIÓN.

## Tirteo

Τεθνάμεναι γὰρ καλὸν ἐπὶ προμάχοισι πεσόντα  
ἄνδρ' ἀγαθὸν περὶ ἧ πατρίδι μαρνάμενον.  
τὴν δ' αὐτοῦ προλιπόντα πόλιν καὶ πίονας ἀγρούς  
πτωχεύειν πάντων ἔστ' ἀνιηρότατον,  
πλαζόμενον σὺν μητρὶ φίλῃ καὶ πατρὶ γέροντι  
παισὶ τε σὺν μικροῖς κουριδίῃ τ' ἀλόχῳ·  
ἔχθρὸς μὲν γὰρ τοῖσι μετέσσεται, οὓς κεν ἴκηται  
χρημοσύνη τ' εἰκῶν καὶ στυγερῇ πενίῃ,  
αἰσχύνει τε γένος, κατὰ δ' ἀγλαὸν εἶδος ἐλέγχει,  
πᾶσα δ' ἀτιμία καὶ κακότης ἔπεται.  
εἰ δ' οὕτως ἀνδρὸς τοι ἀλωμένου οὐδεμί' ὄρη  
γίγνεται, οὔτ' αἰδῶς οὔτ' ὄπις οὔτ' ἔλεος,  
θυμῷ γῆς περὶ τῆσδε μαχώμεθα καὶ περὶ παίδων  
θνήσκωμεν ψυχέων μηκέτι φειδόμενοι.  
ὦ νέοι, ἀλλὰ μάχεσθε παρ' ἀλλήλοισι μένοντες,  
μηδὲ φυγῆς αἰσχυρᾶς ἄρχετε μηδὲ φόβου,  
ἀλλὰ μέγαν ποιεῖσθε καὶ ἄλκιμον ἐν φρεσὶ θυμόν,  
μηδὲ φιλοψυχεῖτ' ἀνδράσι μαρνάμενοι·

τοὺς δὲ παλαιότερους, ὧν οὐκέτι γούνατ' ἔλαφρά  
μὴ καταλείποντες φεύγετε, τοὺς γεραίους  
αἰσχρὸν γὰρ δὴ τοῦτο μετὰ προμάχοισι πεσόντα  
κεῖσθαι πρόσθε νέων ἄνδρα παλαιότερον,  
ἤδη λευκὸν ἔχοντα κάρη πολιὸν τε γένειον,  
θυμὸν ἀποπνεύοντ' ἄλκιμον ἐν κονίῃ,  
ἔντερά θ' αἰματόεντα φίλαις ἐν χερσὶν ἔχοντα -  
αἰσχρὰ τὰ γ' ὀφθαλμοῖς καὶ νεμεσητὸν ἰδεῖν -  
καὶ χροὰ γυμνωθέντα· νέοισι δὲ πάντ' ἐπέοικεν,  
ὄφρ' ἐρατῆς ἠβης ἀγλαὸν ἄνθος ἔχη·  
ἄνδράσι μὲν θηητὸς ἰδεῖν, ἐρατὸς δὲ γυναιξίν,  
ζῶς ἐών, καλὸς δ' ἐν προμάχοισι πεσών.  
ἀλλὰ τις εὔ διαβὰς μενέτω ποσὶν ἀμφοτέροισιν  
στηριχθεὶς ἐπὶ γῆς, χεῖλος ὁδοῦσι δακῶν.

---

## Mimnermo

Τίς δὲ βίος, τί δὲ τερπνὸν ἄτερ χρυσῆς Ἀφροδίτης;  
τεθναίνην, ὅτε μοι μηκέτι ταῦτα μέλοι,  
κρυπταδίη φιλότης καὶ μείλιχα δῶρα καὶ εὐνή·  
οἱ ἥβης ἄνθεα γίγνεται ἀρπαλέα  
ἀνδράσιν ἠδὲ γυναῖξιν· ἐπεὶ δ' ὀδυνηρὸν ἐπέλθη  
γῆρας, ὃ τ' αἰσχρὸν ὁμῶς καὶ κακὸν ἄνδρα τιθεῖ,  
αἰεὶ μιν φρένας ἀμφὶ κακαὶ τείρουσι μέριμναι,  
οὐδ' αὐγὰς προσορῶν τέρπεται ἡελίου,  
ἄλλ' ἐχθρὸς μὲν παισίν, ἀτίμαστος δὲ γυναῖξιν·  
οὕτως ἀργαλέον γῆρας ἔθηκε θεός.

---

# Σολόν

## I

Αὐτὸς κῆρυξ ἦλθον ἀφ' ἱμερτῆς Σαλαμῖνος,  
κόσμον ἐπέων ᾠδὴν ἀντ' ἀγορῆς θέμενος.

Ἐἴην δὴ τότε ἐγὼ Φολεγάνδριος ἢ Σικινήτης  
ἀντί γ' Ἀθηναίου, πατρίδ' ἀμειψάμενος·  
αἶψα γάρ ἄν φάτις ἦδε μετ' ἀνθρώποισι γένοιτο·  
Ἄττικὸς οὗτος ἀνὴρ τῶν Σαλαμιναφετῶν.

Ἴομεν εἰς Σαλαμῖνα, μαχησόμενοι περὶ νήσου  
ἱμερτῆς, χαλεπὸν τ' αἶχος ἀπωσόμενοι.

## II

Ἐκ νεφέλης πέλεται χιόνος μένος ἠδὲ χαλάζης,  
βροντὴ δ' ἐκ λαμπρᾶς γίγνεται ἀστεροπῆς·  
ἀνδρῶν δ' ἐκ μεγάλων πόλις ὄλλυται· εἰς δὲ μονάρχου  
δῆμος αἰδρεῖη δουλοσύνην ἔπεσεν·  
λείως δ' ἐξάραנט' οὐ ῥᾶδιόν ἐστι κατασχεῖν  
ὑστερον, ἀλλ' ἤδη χρὴ περὶ πάντα νοεῖν.

## Teognis

(FRAGMENTOS DE LA SILOGE)

Σοὶ δ' ἐγὼ εὖ φρονέων ὑποθήσομαι, οἷά περ αὐτός,  
Κύρν', ἀπὸ τῶν ἀγαθῶν παῖς ἔτ' ἐὼν ἔμαθον.  
πέπνυσο, μηδ' αἰσχροῖσιν ἐπ' ἔργμασι μηδ' ἀδίκουσιν  
τιμὰς μηδ' ἀρετὰς ἔλκεο μηδ' ἄφενος.

Ταῦτα μὲν οὕτως ἴσθι· κακοῖσι δὲ μὴ προσομίλει  
ἀνδράσιν, ἀλλ' αἰεὶ τῶν ἀγαθῶν ἔχεσ·  
καὶ παρὰ τοῖσιν πῖνε καὶ ἔσθιε, καὶ μετὰ τοῖσιν  
ἶζε, καὶ ἀνδανε τοῖς, ὧν μεγάλη δύναμις.  
ἔσθλων μὲν γὰρ ἅπ' ἐσθλὰ μαθήσεαι· ἦν δὲ κακοῖσιν  
συμμίσγης, ἀπολεῖς καὶ τὸν ἐόντα νόον.  
ταῦτα μαθὼν ἀγαθοῖσιν ὀμίλειε, καὶ ποτε φήσεις  
εὖ συμβουλεύειν τοῖσι φίλοισιν ἐμέ.

Κύρνε, κύει πόλις ἦδε, δέδοικα δὲ μὴ τέκη ἄνδρα  
εὐθυντῆρα κακῆς ὕβριος ἡμετέρης.  
ἄστοι μὲν γὰρ ἔθ' οἶδε σαόφρονες, ἡγεμόνες δὲ  
τετράφαται πολλὴν ἐς κακότητα κεσεῖν.